

BIBLIOTECA

DRAMÁTICA.

COLECCION DE COMEDIAS

REPRESENTADAS CON ÉXITO

EN LOS TEATROS

DE MADRID.



A un tiempo hermana y amante, t. 1.	2	2
Ansias matrimoniales, o. 1.	2	»
A las máscaras en coche, o. 3.	4	4
A tal accion tal castigo, o. 3.	1	5
Azares de la privanza, o. 4.	3	4
Amante y caballero, o. 4.	2	11
A cada paso un acaso, ó el caballero, o. 5.	4	8
Amor y Patria, o. 5.	2	10
A la misa del gallo, o. 2.	3	5
Asi es la mia, ó en las máscaras un mártir, o. 2.	3	2
Actriz, militar y beata, t. 3.	3	9
Al pié de la escalera, t. 1.	3	5
Arturo, ó los remordimientos, t 1.	2	4
Al asalto!, t. 2.	6	9
Angel y demonio ó el Perdon de Bretaña, t. 7 c.	5	12
A mentir, y medraremos, o. 3.	4	7
A perro viejo no hay tus tus, t 3.	5	11
Abogar contra si mismo, t. 2.	2	5
A mal tiempo buena cara, t. 1.	4	6
Amor y farmácia, o. 3.	2	4
Alberto y German, t. 1.	1	2
Andrés el Gambusino ó los buscadores de oro, t. 5.	3	9
Amor y ambicion, ó el Conde Herman, t. 5.	2	14
Amor de padre, o. 2.	2	3
Alfonso el Magno, ó el castillo de Gauzon, o. 3.	2	10
Allá vá eso! t. 1.	2	6
Adriana Lecouvreur, ó la actriz del siglo XV, t. 5.	5	6
Al fin casé á mi hija, t. 1.	2	3
Amar sin ver, t. 1.	1	4
Beltran el marino, t. 4.	2	8
Benvenuto Cellini, ó el poder de un artista, o. 5.	3	10
Batalla de amor, t. 1.	2	3
Camino de Portugal, o. 1.	»	4
Con todos y con ninguno, t. 1.	1	2
César, ó el perro del castillo, t 2.	2	4
Cuando quiere una muger!! t. 2.	3	2
Casarse á oscuras, t. 3.	3	4
Clara Harlowe, t. 3.	5	11
Con sangre el honor se venga, o 3.	2	9
Como á padre y como á rey, o. 3.	3	8
Cuánto vale una leccion! o. 3.	3	6
Caer en el garlito, t. 3.	4	3
Caer en sus propias redes, t. 2.	2	3
Conspirar con mala estrella, ó el caballero de Harmental, t 7 c	4	12
Cinco reyes para un reino, o. 5.	2	11
Caprichos de una soltera, o. 1.	2	3
Carlota, ó la huérfana muda, t 2.	3	4
Con un palmo de narices, o. 3.	3	3
Camino de Zaragoza, o. 1.	1	7
Consecuencias de un bofeton, t 1.	1	6
Consecuencias de un disfraz, o 1	3	3
Casarse por no haber muerto, ó el vecino del norte y el del mediodia, t 3.	3	8
Cambiar de sexo, t. 1.	4	3
Compuesto y sin novia, t. 2.	1	7
De la agua mansa me libre Dios, o. 3.	3	7
De la mano á la boca, t. 3.	2	5
Don Canuto el estanquero, t. 1.	3	2
Dos contra uno, t. 1.	2	2
Dos noches, ó un matrimonio por agradecimiento, t. 2.	5	2
Deshonor por gratitud, t. 3.	3	4
Dos y ninguno, o. 1.	2	3
De Cadiz al Puerto, o. 1.	1	7
Desengaños de la vida, o. 3.	3	8
Doña Sancha, ó la independencia de Castilla, o. 4.	2	16
Don Juan Pacheco, o. 5.	2	8
Don Ramiro, o. 5.	1	8
Don Fernando de Castro, o. 4.	2	8
Dos y uno, t. 1.	1	2
Donde las dan las toman, t. 1.	3	3
De dos á cuatro, t. 1.	1	1
Dos noches, t. 2.	3	2
Dieguiyo pata de Anafre, o. 1.	2	4
Dos muertos y ninguno difunto, t. 2.	2	5
De una afrenta dos venganzas t 5	4	16
Don Beltran de la Cueva, o. 5.	2	7
Don Fadrique de Guzman, o. 4.	3	5
Irina la gitana, t. 3.	4	8
Demonio en casa y angel en sociedad, t. 3.	4	3

Dicha y desdicha, t. 1.	2	5
Dos familias rivales, t. 1.	3	8
Don Fernando de Sandoval, o. 3	2	8
Don Cárlos de Austria, o. 3.	2	10
Dos lecciones, t. 2.	3	2
Dividir para reinar, t. 1.	1	3
Dios y mi derecho, o. 3, a y 5. c.	2	19
Diana de Mirmande, t. 5.	3	11
De balcon á balcon, t. 1.	3	1
Dejar el honor bien puesto, o. 3.	3	4
Esmeralda ó Ntra. Sra. de Paris, t. 5.	5	11
Enriqueta ó el secreto, t. 3.	2	6
Elisa, o. 3.	2	4
Enrique de Valois, t. 2.	2	10
Efectos de una venganza, o. 3.	2	8
Entre dos luces, zarz. o. 1.	2	4
Estela ó el padre y la hija, t. 2.	1	4
En poder de criados, t. 1.	3	2
Españoles sobre todo (segunda parte) o. 3.	2	12
En la falta va el castigo, t. 5.	3	8
Engaños por desengaños, o. 1.	2	4
Estudios históricos, o. 1,	2	5
Es el demonio!! o. 1.	2	8
En la confianza está el peligro, o. 2.	3	4
Entre cielo y tierra, o. 1.	»	2
En paz y jugando, t. 1.	2	3
Enrique de Trastamara, ó los mineros, t. 3.	3	9
Es un niño! t. 2.	4	7
Errar la cuenta, o. 1.	2	2
Elena de la Seiglier, t. 1.	2	5
Están verdes, t. 1.	2	3
Empeños de honra y amor, o. 3.	2	6
En mi bemol, t. 1.	2	1
El andaluz en el baile, o. 1.	2	3
—Aventurero español, o. 3.	3	8
—Arquero y el Rey, o. 3.	3	12
—Agiotage ó el oficio de moda, t 5.	2	10
—Amante misterioso, t. 2.	3	6
—Alguacil mayor, t. 2.	2	5
—Amor y la música, t. 3.	2	4
—Anillo misterioso, t. 2.	4	5
—Amigo intimo, t. 1.	2	3
—Articulo 960, t. 1.	2	3
—Angel de la guarda, t. 3.	3	8
—Artesano, t. 5.	3	8
—Anillo del cardenal Richelieu, ó los tres mosqueteros, t. 5.	8	7
—Baile y el entierro, t. 3.	2	8
—Beneficiado, ó república teatral, o. 4.	3	10
—Campanero de S. Pablo, t. 4.	2	4
—Contrabandista Sevillano, o 2.	3	10
—Conde de Bellaflor, o. 4.	4	8
—Cómico de la legua, t. 5.	3	10
—Cepillo de las ánimas, o. 1.	2	6
—Cartero, t. 5.	3	10
—Cardenal y el judio, t. 5.	3	12
—Clásico y el romántico, o. 1.	2	3
—Caballero de industria, o. 3	3	4
—Capitan azul, t. 3.	2	11
—Ciudadano Marat, t. 4.	3	18
—Confidente de su muger, t. 1.	2	4
—Caballero de Griñon, t. 2.	2	4
—Corregidor de Madrid, t. 2.	2	4
—Castillo de San Mauro, t. 5.	3	10
—Cautivo de Lepanto, o. 1.	1	4
—Coronel y el tambor, o. 3.	3	4
—Caudillo de Zamora, o. 3.	3	7
—Conde de Monte-Cristo, primera parte, 40 c.	4	16
Idem segunda parte, t. 5	3	17
El conde de Morcef, tercera parte del Monte-Cristo, t. 7 c.	2	12
—Castillo de S. German, ó delito y espiacion, t. 5.	7	9
—Ciego de Orleans, t 4.	2	9
—Criminal por honor, t. 4.	2	6
—Cardenal Cisneros, o. 5.	1	11
—Ciego, t. 1.	2	3
—Cardenal Richelieu, o. 4.	2	9
—Castillo de Grantier, t. 4	4	7
—Duque de Altamura, t. 3.	3	10
—Dinero!! t. 3.	3	14
—Doctorcito, t. 1.	6	2
—Demonio familiar, t. 3.	3	4
—Diablo en Madrid, t. 5.	2	7
—Desprecio agradecido, o. 5.	4	5
—Diablo enamorado, o. 3.	3	21
—Diablo son los nietos, t. 1.	2	3
—Derecho de primogenitura, t 1.	3	3
—Doctor Capirote, ó los curanderos de antaño, t. 1.	1	6
—Diablo nocturno, t. 2	5	3

El Diablo y la bruja, t. 3.	2	9
—Doctor negro, t. 4.	4	4
—Delator, ó la Berlina del Emigrado, t. 5.	3	16
—Desterrado de Gante, o. 3.	2	5
—Espósito de Ntra. Sra., t. 1.	1	6
—Españoleto, o. 3.	3	5
—Enamorado de la Reina, t. 2.	3	3
—Eclipse, ó el aguero infundado, o. 3.	2	7
—Espectro de Herbesheim, t. 1.	3	6
—Favorito y el Rey, o. 3.	1	6
—Fastidio ó el conde Derfort, t 2	1	5
—Guarda-bosque, t. 2.	3	4
—Guante y el abanico, t. 3.	3	5
—Galan invisible, t. 2.	3	5
—Hijo de mi mujer, t. 1.	2	5
—Hermano del artista, o. 2.	3	11
—Hombre azul, o. 5 c.	3	10
—Honor de un castellano y deber de una muger, o. 4.	2	10
—Hijo de su padre, t. 1.	3	6
—Himeneo en la tumba, ó la Hechicera, o. 4. Mágia.	4	7
—Hijo de Cromwel, ó una restauracion, t. 3.	2	10
—Hijo del emigrado, t. 4.	2	10
—Hombre complaciente, t. 1.	3	5
—Hijo de todos, o. 2.	2	3
—Hombre cachaza, o. 3.	3	4
—Heredero del Czar, t. 4	2	10
—Idiota ó el subterráneo, t. 5.	4	11
—Ingeniero ó la deuda de honor, t. 3.	2	9
—Lazo de Margarita, t. 2.	4	4
—Leñador y el ministro, ó el testamento y el tesoro, 6 c.	7	12
—Licenciado Vidriera, o. 4.	2	7
—Maestro de escuela, t. 1.	3	4
—Marido de la Reina, t. 1.	2	5
—Mudo por compromiso ó las emociones, t. 1.	3	3
—Médico negro, t. 7 c.	4	12
—Mercado de Londres, t. id.	4	12
—Marinero, ó un matrimonio repentino, o. 1.	5	5
—Memorialista, t. 2.	4	4
—Marido de dos mujeres, t. 2.	2	3
—Marqués de Fortville, o. 3.	2	7
—Mulato, ó el caballero de San Jorge, t. 3.	4	11
—Marido de la favorita, t. 5	2	11
—Médico de su honra, o. 4	4	6
—Médico de un monarca, o. 4.	4	9
—Marido desleal, ó quién engaña y quien, t. 3.	2	3
—Mercado de San Pedro, t. 5.	4	9
—Naufragio de la fragata Medusa, t. 3.	3	11
—Nudo Gordiano, t. 5.	3	6
—Novio de Buitrago, t. 3.	4	6
—Novicio, ó al mas diestro se la pegan, t. 1.	2	5
—Noble y el soberano, o. 4.	2	8
—Nacimiento del hijo de Dios y la degollacion de los inocentes, o. 4.	6	16
—Nudo y la lazada, o. 1.	2	2
—Oso blanco y el oso negro, t. 1.	1	6
—Pacto con Satanás, o. 4.	2	10
—Premio grande, o. 2.	3	4
—Pacto sangriento ó la venganza corsa, t. 6 c.	4	11
—Page de Woodstock, t. 1.	1	5
—Peregrino, o. 4.	3	9
—Premio de una coqueta, o. 1.	2	4
—Piloto y el Torero, o. 1.	2	4
—Poder de un falso amigo, o. 2.	2	5
—Perro de centinela, t. 1.	1	2
—Porvenir de un hijo, t. 2.	3	2
—Padre del novio, t. 2.	2	4
—Pronunciamiento de Triana, o. 1.	2	9
—Pintor inglés, t. 3.	3	8
—Peluquero en el baile, o. 1.	2	5
—Raptor y la cantante, t. 1.	1	6
—Rey de los criados y acertar por carambola, t. 2.	2	5
—Robo de un hijo, t. 2.	2	8
—Rey martir, o. 4	2	7
—Rey hembra, t. 2.	3	5
—Rey de copas, t. 1.	2	3
—Robo de Elena, t. 1.	1	3
—Rayo de oriente, o. 3.	1	9
—Secreto de una madre, t. 3 y p.	3	9
—Seductor y el marido, t. 3.	3	4
—Sastre de Lóndres, t. 2.	1	5
—Tio y el sobrino, o 1.	3	4

El Terremoto de la Martinica, t 5	2	12
—Tarambana, t. 3.	4	8
—Tio y el sobrino, o. 1.	2	3
—Trapero de Madrid, o. 4.	9	11
—Tio Pablo ó la educacion, t. 2.	2	7
—Testamento de un soltero, t. 3.	2	3
—Talisman de un marido, t. 1.	2	4
—Tio Pedro ó la mala educacion, t. 2.	2	7
—Toro y el Tigre, o. 1.	3	3
—Tejedor de Játiva, o. 3.	3	6
—Tejedor, t. 2.	1	7
—Vaso de agua, ó los efectos y las causas, t. 5	2	3
—Vivo retrato, t. 3	4	6
—Vampiro, t. 1.	2	7
—Ultimo dia de Venecia, t. 3.	2	9
—Ultimo de la raza, t. 1.	2	4
—Ultimo amor, o. 3.	2	5
—Usurero, t. 1.	2	4
—Zapatero de Lóndres, t 3	3	9
—Zapatero de Jerez, o. 4.	3	3
Fausto de Underwal, t. 3.	1	13
Fuerte-Espada el aventurero, t 5	3	7
Fernando el pescador, ó Málaga y los franceses, o. 3 a. y 10 c.	3	15
Francisco Doria, o. 4.	2	10
Gustavo III ó la conjuracion de Suecia, t. 5.	1	11
Gustavo Wasa, o. 5.	2	16
Gaspar Hauser ó el idiota, t. 4.	4	9
Guardapié III, ó sea Luis XV en casa de Mma. Dubarry, t. 1.	3	3
Guillermo de Nassau, ó el siglo XVI en Flandes, o. 5.	3	7
Geroma la castañera, zarz.	1	3
Hasta los muertos conspiran, o 7	2	11
Honores rompen palabras, ó la accion de Villalar, o. 4.	2	8
Herminia, ó volver á tiempo, t 5	3	5
Halifax, ó picaro y honrado, t. 3 y p.	2	9
Hombre tiple y muger tenor, o. 4	5	5
Honor y amor, o. 5.	4	9
Inventor, bravo y barbero, t. 1.	2	4
Ilusiones, o. 1.	1	4
Isabel, ó dos dias de esperiencia, t. 3.	4	4
Jorge el armador, t. 4.	3	11
Jui que jembra, o. 1.	3	6
José Maria, ó vida nueva, o. 1	1	7
Juan de las Viñas, o. 2.	1	6
Juan de Padilla, o. 6. c.	3	11
Jacobo el aventurero, o. 4.	2	16
Julian el carpintero, t. 3.	3	6
Juana Grey, t. 5.	2	8
Juzgar por apariencias, o. 3.	3	6
Jugar con fuego, t. 2.	1	3
Julio César, o. 5.	2	15
Juan Lorenzo de Acuña, o. 4.	2	9
Laura de Monroy ó los dos maestres, o. 3.	2	8
Luchar contra el destino, t. 3.	2	8
Luchar contra el sino, ó la Sortija del Rey, o. 3.	2	5
Llueven sobrinos!! o. 1.	3	8
Laura de Castro, o 4.	1	15
Laura, (pról. epil), o. 5.	4	12
Lázaro ó el pastor de Florencia, t. 5.	2	9
Latreaumont, t. 5.	2	15
Libro III, capítulo I, t. 1.	1	2
Llovidos del cielo, t. 1.	2	3
Luchas de amor y deber, o. 3.	2	5
Luceros y Claveyina, ó el ministra justiciero, o. 3.	2	7
La Abadia de Castro, t. 7. c.	9	15
—Abadia de Penmarc, t. 3.	1	8
—Alquería de Bretaña, t. 5.	7	12
—Barbera del Escorial, t. 1.	2	3
—Batalla de Clavijo, o. 1.	»	4
—Batalla de Bailen, zarz, o. 2.	2	8
—Boda tras el sombrero, t. 4.	5	9
—Berlina del emigrado, t. 5.	3	10
Los consejos de Tomás, o. 3.	2	6
La costumbre es poderosa, t. 1.	2	4
Los celos de una muger, t. 3.	5	5
La cola del perro de Alcibiades, t. 3.	2	6
—Caverna de Kerougal, t. 4.	1	10
—Coqueta por amor, t. 3.	3	4
—Corte y la aldea, o. 3.	2	8



ISABEL O DOS DIAS DE ESPERIENCIA.

Comedia en tres actos, traducida del francés por D. Gerónimo de la Escosura, *representada en Madrid el año de 1839.*

PERSONAGES.

Leoncio de Courtenay.
Alberto, *conde de Montigni.*
El Marques de Trenewil.
El doctor Dambleville, *médico.*
Isabel de Monville.
Carlota, marquesa de Trenewil.
La señora de Courtenay, *madre de Leoncio.*
La señora Monistrol, *aya de Isabel.*
Un Criado.
Un Cazador.

La escena es en Paris en 1838.

Las personas se han de colocar en la escena en el mismo órden, en que se estampan sus nombres al frente de ella: la primera ocupa la derecha del actor.

ACTO PRIMERO.

Sala bastante capaz, pero sencilla, en casa de la señora de Courtenay, calle de San Luis, en el Marais. Puertas en el fondo y á los lados. Chimenea encendida entre los dos primeros bastidores, á la izquierda del actor. Una mesa á cada lado.

ESCENA PRIMERA.

(La señora de Courtenay*, á la derecha del actor; está bordando; la señora* Monistrol*, de pie, inmediata á ella, le prepara y le vá dando los estambres;* Isabel *está sentada al otro lado del teatro, inmediato á una mesa, en que habrá todo lo necesario para dibujar, pero no dibuja; su semblante manifiesta impaciencia y enfado;* Leoncio *está de pie cerca de la lumbre; se apoya sobre la chimenea pensativo; caésele de la mano un folleto, que tenia en ella. Cerca de la señora de Courtenay hay una silla un poco mas baja, desocupada.)*

Criado. *(anunciando.)* El señor doctor Dambleville.
Isa. *(con alegria.)* Gracias á Dios que viene alguien.
Cour. Buenos dias, señor doctor.
Dam. *(saluda á todo el mundo.)* Suplico á ustedes que nadie se mueva; y si es preciso, lo mando.
Isa. *(sonriéndose y levantándose con lijereza saca un sillon.)* Señor doctor, mucho mas gustosos son los ruegos de un amigo, que los preceptos de un médico.
Dam. Ah! señoras, con permiso de ustedes. *(se sienta.)* Qué bien se está aqui! Cuando llego al Marais, á esta apacible calle de san Luis, y entro en esta casa tan arreglada, tan quieta y tranquila, siento un placer que no sé esplicar, y me contemplo dichoso al verme enmedio de una familia tan completamente libre, y exenta de las penas y cuidados de la vida.
Cour. *(ap., suspirando.)* Ah!
Dam. *(señalando á la señora de Courtenay.)* Qué gozo ver, admirar á una madre que no ha vivido sino para su hijo! *(señala á Leoncio.)* Un hijo tan racional, tan cuerdo! Demasiado acaso!
Cour. *(con tristeza, mirando á Leoncio.)* Mi pobre hijo!
Dam. *(mirando á Isabel.)* Tened; solo con ver á la señorita Monville, se llena uno de gozo! Esta joven encantadora, que ha encontrado en vuestro seno la familia que ha perdido, y que alegra y regocija todo cuanto la rodea.
Isa. (Como si se pudiese dar lo que no se tiene!)
Dam. *(señalando á la señora Monistrol.)* Despues, esta apreciable directora, la señora Monistrol, á quien el tierno cariño que profesa á la preciosa criatura que ha educado...
Mon. Ha hecho dejar á Paris; porque se puede decir, que aqui, en el Marais, se vive como en un lugar; y es muy duro, cuando no median mas que algunas calles entre esto y la capital. Pero yo no puedo separarme de mi querida Isabel, y por ella es por quien yo echo de menos el mundo, de que tan retirada se encuentra.
Dam. Ah! En ese Paris, que tan de menos echais, cuantos intereses no hay que se chocan entre si; cuantas pasiones que se agitan, acontecimientos que dan en tierra con toda la existencia en algunas horas, mientras que aqui todo respira órden y tranquilidad...
Isa. *(con viveza y jovialidad.)* Y si una se fastidia por la víspera, tiene la ventaja de estar segura de que no se divertirá al dia siguiente.
Cour. Ah! Isabel!
Isa. *(se levanta, vá hácia ella, se sienta en la sillita y dice con un tono cariñoso.)* Perdonad, señora, no me tengais por ingrata! Os amo como si fuerais mi madre.
Cour. *(la abraza, y mira á Leoncio, que hace un movimiento.)* Hija mia, os quieren tanto aqui!

Dam. (*que vió el movimiento de Leoncio, y se levantó.*) Vos estais atacado de los nervios, señor Leoncio: en el mes que contais aqui desde vuestra vuelta de Italia, vuestra palidez, ese semblante de un hombre que sufre interiormente, nos alarma. No he curado yo á vuestra madre durante vuestra ausencia? Y esa precioso señorita de Monville dá acaso la menor muestra de haber estado enferma, siquiera? Apenas habiais llegado, cuando quisisteis tomar mi pleito á vuestro cargo: mas si no estais bueno, mal podreis abogar, y mi causa se perderá irremisiblemente.

Leon. (*con viveza.*) Se ganará, y la ganaré sin duda.

Dam. Vos os habeis metido á abogado, y en verdad no sé por qué.

Leon. (*con sencillez.*) Por ser de alguna utilidad.

Dam. Es cierto que el don de la palabra es en el dia el medio mas seguro de llegar á ser hombre de provecho.

Leon. (*tristemente.*) Yo no aspiro á ser nada.

Dam. Eso es: triste, demasiado!.. Vos estais malo, y la salud es todo, la fuerza, el talento, el genio! Y mis temores...

Leon. (*con viveza.*) Cuando yo defiendo vuestros intereses, podeis estar tranquilo; porque vos habeis salvado con vuestros cuidados todo cuanto mas amo en este mundo! Y estad seguro, mi buen amigo, que el talento sale del corazon.

Isa. (*que se quedó al lado de la señora de Courtenay arreglándose los estambres, le dice en tono cariñoso.*) Oh! perdonadme, señora!

Cour. (*con ternura.*) Querida Isabel!

Isa. (*levantándose, como tambien la señora de Courtenay.*) Sí, he andado desacertada, y ni yo misma puedo comprender las ideas que me agitan! Antes no me sucedia eso! Cuando á la edad de catorce años fuí confiada á vuestra amistad, por la última voluntad de mi madre, solo su presencia era la única cosa que me faltaba. Tan gustosa y tranquilamente pasaba la vida á vuestro lado, que durante tres años, ni aun cabia en mi imaginacion que pudiese haber gusto ni placer alguno fuera de este apacible recinto. Cuando Leoncio volvió de sus primeros viajes, tenia yo diez y siete años. (*á Leoncio.*) Y vos os acordais bien, no es verdad? Vivia como el pajarito que vuela por el aire; como la flor que rompe el capullo; sin ansias, sin deseos, creyendo que el encanto de aquellos apacibles dias no podia desaparecer jamás.

Mon. A los quince años con todo se contenta una; pero mas adelante, es preciso que las jóvenes salgan al mundo, para poder elegir un marido.

Isa. (*riéndose.*) Oh! mi buena Ministrol no piensa mas que en el casamiento! Lo considera como la invencion mas preciosa del entendimiento humano.

Mon. Y todavia estoy soltera!

Dam. (*riendose.*) Pero parece que quereis preservar á los demas de semejante desgracia?

Mon. Vos, por ejemplo, es muy estraño que no hayais pensado nunca en casaros.

Dam. Yo? Al contrario, lo he pensado y muchísimo. (*riendo.*)

Mon. Ah! De veras?

Dam. Puesto que estoy soltero...

Mon. A vuestra edad! Porque ahora tendreis...

Dam. (*interrumpiéndola.*) Tengo... Y acaso pienso yo en la edad que tengo? Y para qué? Yo cuento mi dinero, cuento mis enfermos; lo puedo perder ó me lo pueden quitar! Pero contar mis años, á qué efecto? Seguro estoy de que se le antoje á nadie quitármelos.

Mon. Ello es que siempre el matrimonio...

Isa. (*riéndose.*) A fuerza de hablarme de él y de atormentarme, me hicisteis consentir entonces en casarme con cierto marqués, que era la última persona de este mundo en que podria haber pensado.

Mon. Un hombre, que podia haber llegado á ser ministro! Ah! No me consolaré jamás.

Isa. Pues yo, cuando ese matrimonio se descompuso, bien pronto me consolé. Pero á contar desde aquel bello proyecto, todo ha cambiado. El señor Leoncio habia salido á viajar segunda vez, y bruscamente por cierto, sin decir adios á nadie: yo no podia (*á la señora de Courtenay.*) distraeros en su ausencia, porque toda mi alegria infantil habia desaparecido! Un deseo, tal vez insensato, pero que me atormentaba incesantemente, me arrastraba hácia el mundo y sus placeres, de los cuales, sin embargo, apenas tenia una confusa idea: me acordaba de mi madre, hermosa, brillante, rodeada de diversiones, fiestas y obsequios, y entonces me apercibia de la soledad en que pasábamos nuestros dias, y del vacio que hallaba en ellos. Mi corazon latia con mas frecuencia, y mi imaginacion, lanzándose en pos de no sé qué felicidad misteriosa, y que carece de nombre, no hacia mas que soñar y esperar; porque nada llenaba mis horas ociosas. Cuando queria pintar ó tocar, el pincel se me caia de la mano, mis dedos se quedaban inmóviles sobre el arpa, y mi alma se escapaba, á pesar mio, de esta apacible mansion.

Leon. (*ap., haciendo un movimiento con alegria.*) Tanta tristeza en mi ausencia!...

Isa. La vida regular y uniforme que haciamos, las semanas, los meses que pasábamos sin la menor variacion, sin acontecimiento alguno, sin interés, me abrumaban, me destruian! Me eran insoportables! Entonces fué cuando el señor doctor declaró que estaba enferma de peligro. En efecto, las fuerzas y la vida me habian abandonado.

Mon. En una palabra, os ibais á morir de puro fastidio.

Cour. Oh mi Dios! Pero no es esa vida retirada la que hacen siempre las señoritas bien educadas? Acaso han de salir al mundo antes de casarse?

Mon. Y si no ven á nadie, cómo han de poder escoger marido?

Dam. Pero la señorita Isabel estuvo de baile el jueves último.

Isa. En uno de aquellos paseos que me habiais mandado dar por mi salud, señor doctor, encontré á Carlota, una de las amigas de mi niñez, que me lleva algunos años, casada hace algun tiempo con el marqués de Trenewil. Vino á visitarme; y aunque con dificultad, obtuve el permiso de ir de cuando en cuando á su casa, y de asistir alguna que otra vez á sus bailes.

Cour. La señora de Trenewil se ha internado en el mundo algo mas de lo regular.

Dam. Es una muger que está hoy en moda, muy rica; su casa respira brillantez, y una elegancia estremada; yo no falto á ninguna de las diversiones que hay en ella. Esto, á un médico, le sienta perfectamente.

Cour. Si, pero á una jóven?..

Isa. (*en tono cariñoso.*) Oh! no os arrepintais de haber accedido á mis ruegos. Erais demasiado severa. (*la abraza.*) Veis? Yo soy mas feliz ahora, y os amo mas.

Mon. Es preciso confesar que es hechicera!

Isa. Qué cosa tan linda es un baile! El primer dia me quedé deslumbrada! Aquellos trages, aquellas flores, aquella música, aquella confusion, todo se quedó gra-

vado en mi imaginacion por mucho tiempo despues. De noche, de dia, que quisiese leer, trabajar ó escuchar, mi pensamiento no estaba conmigo, sino en el baile, y siempre en el baile!

COUR. (Ah!) (*Leoncio cae en cierto estado de tristeza.*)

MON. Pero tambien, qué baile! Yo acompañé á la señorita Monville. Qué funcion aquella, qué!..

DAM. (*riendo.*) Que resfriado cogisteis!

MON. El calor apagaba las luces; abrieron una ventana á mi espalda, y cierto, me entró un dolor de cabeza y de muelas insufrible: los que valsaban me magullaron los pies, y nadie me dirigió la palabra. En todas las funciones hay personas á quienes sucede otro tanto; pero es un gran honor y un placer concurrir á ellas.

DAM. Ciertamente.

ISA. Lo que me encantaban eran todos aquellos hombres célebres, aquellos oradores, aquellos poetas, aquellos artistas! Oh! cuando yo oia pronunciar un nombre ilustre, á pesar de mi timidez y cobardia, me apresuraba y me metia entre la confusion de las gentes, para ver al sugeto que llevaba el tal nombre; media sus palabras, queria adivinar por su frente, por sus ojos, la fuerza de su entendimiento, la causa de su celebridad y nombradía!

LEON. (*con exaltacion y cogiendo las manos á Dambleville.*) Ah! lo veis, amigo mio? Veis si tengo razon? Para obtener fama y adquirir gloria, no es mucho consumir sus dias en un trabajo honroso, y renunciar al mundo, á los placeres, á la fortuna.

DAM. Y quereis tener la bondad de decirme, dónde habeis visto vos que se renuncie á todo eso? Esa gloria, peculiar vuestra, es un tesoro de avaro, que no aprovecha mas que á los herederos. En tiempos de industria como el presente, se descuenta la inmortalidad, y cuando se mete un poco de ruido y se allega un mucho de dinero, se puede decir que se ha hecho un buen negocio.

ISA. Pero entre tantas personas, sabeis, señor Leoncio, qué nombre fué el que me hizo mas pronta impresion? El de aquel joven que os salvó la vida en las orillas del Tiber

LEON. (*con alegria.*) Alberto de Montigni?

ISA. Si! Repetidnos, pues, los pormenores de aquel suceso... Me han hecho tal eco!..

LEON. (*acercándose á ella, y en tono algo tierno.*) Que, os interesa eso?..

ISA. (*afectuosa.*) Y lo podeis dudar? Pero por qué nos habeis dejado?..

LEON. (*con alegria.*) El doctor habia dicho que el único modo de poderse uno librar de su propio pensamiento, era el de viajar y correr, y asi partí para la Italia. Pues bien: de todos los objetos que habian pasado por delante de mis ojos, no habia visto ninguno, cuando llegué á Roma con una fiebre ardiente, que añadia toda su fuerza á la de los pensamientos de que yo queria huir. Un dia, que me ensayé á probar si por medio de la fatiga y el cansancio lo podria conseguir, mi caballo se desbocó; conocí, aunque confusamente, que nos saliamos del camino, y que atravesando por peñascos y zanjas, seguiamos una pendiente rápida, espantosa; pero la fiebre y la fatiga, que no me habian privado aun del conocimiento del peligro, me quitaban el deseo y el poder de evitarle; y cuando mi caballo se precipitó en el Tiver, yo no sé lo que pasó: habia perdido el conocimiento.

ISA. (*afectuosa.*) Oh! mi Dios!.. Hubierais muerto!..

DAM. Yo lo creo, no necesitaba tanto.

LEON. Vuelto en mi, supe que un jóven, al retirarse á su casa de campo, y viendo el peligro que me amenazaba, se habia arrojado al rio para sacarme de las garras de una muerte segura. Supe igualmente, que este jóven era francés, y que debia dejar á Roma dentro de pocos dias.

ISA. Y le habeis recomendado á vuestros amigos?

LEON. Ya considerareis, que no podia dejar de ofrecerle mis servicios, á quien, con el que acababa de dispensarme, me imponia una gratitud eterna. Dile, pues, cartas de recomendacion, y he visto con el mayor placer, á mi regreso, que por su jovialidad y amabilidad de carácter, habia merecido favorable acogida en lo mas selecto y brillante de la sociedad.

ISA. Cuando yo le ví, me pareció que me encontraba con un amigo antiguo.

COUR. Y yo; con qué gozo no recibí al que habia salvado á mi hijo?

ISA. (*á Leoncio.*) Qué larga ha sido vuestra ausencia!

LEON. Y por cuán dichoso no me tuve al encontraros aun al lado de mi querida madre! (*Dambleville se ha acercado á la señora de Courtenay, que examina atentamente á Isabel y á Leoncio, y la habla bajo.*)

ISA. (*á Leoncio.*) Sin embargo, estais triste?..

LEON. Apenas os puedo ver un instante; las gentes os ocupan de tal manera, que no he podido hablaros desde mi vuelta.

ISA. Ah! Lo siento tanto como vos! (*Leoncio hace un movimiento que denota alegria.*)

DAM. (*á la señora de Courtenay.*) Un accidente y una enfermedad tan graves, han debido tener sus consecuencias.

LEON. (*riéndose.*) Consecuencias!.. Oh! y pueden ser muy felices y dichosas. (*un criado abre la puerta del fondo: la señora Monistrol vá hácia él y le habla bajo.*)

ISA. (*á Leoncio.*) Deseaba volveros á ver.

LEON. (*gozoso y tierno.*) Isabel!..

ISA. (*con timidez.*) Señor Leoncio!..

MON. (*volviendo á la escena.*) La señora marquesa de Trenewil está ahi, en el cuarto de la señorita Isabel, á quien quisiera ver por algunos instantes solamente, sin incomodar á la señora de Courtenay.

ISA. Voy allá.

LEON. (*tristemente.*) Alejaros otra vez?..

ISA. (*á media voz.*) Vuelvo al momento... y si estuvieseis solo aqui...

LEON. (*alegre.*) Lo estaré.

ISA. (*á media voz.*) Sabreis entonces lo que mi pecho encierra. (*vase con la señora Monistrol por la puerta de la derecha.*)

ESCENA II.

LA SEÑORA DE COURTENAY, DAMBLEVILLE, LEONCIO.

LEON. (*ap., enagenado.*) Cielos! Será posible?.. Su turbacion, si... sus palabras... Ah! cuán dichoso soy!

DAM. (*á la señora de Courtenay.*) Tiempo, cuidado, un buen régimen; y el señor Leoncio...

LEON. (*muy contento.*) Hé, señor doctor, yo estoy tan bueno como vos. Desafio á todo el protomedicato, y á todos los remedios de la medicina, y no creo mas en su poder sobre el cuerpo, que sobre el alma.

DAM. (*riéndose.*) Insurreccion!... Y si os probase que estabais malo?

LEON. Oh! sino se os fuese á la mano, doctor, todo seria enfermedad para vos... El contento, el disgusto, las buenas prendas, los defectos... quién sabe? Hasta de la conciencia seriais capaz de hacer una enfermedad.

Dam. Oh! en estos tiempos, la conciencia á pocos atormenta; no impide ni entorpece cosa mayor, y jamás ha muerto á nadie.

Leon. (*riendo.*) Callad, señor doctor... todo eso es muy mal dicho; asi me voy por no oiros, y dejo á mi madre el cuidado de reñiros. (*ap. y saliendo por el fondo.*) Procuraremos alejarlos de aqui.

ESCENA III.

La Señora de Courtenay, Dambleville.

Dam. Ahi teneis; contento ahora, y dos minutos antes una cara de renegado!.. Esto no es natural... Yo os aseguro que está enfermo... O está loco, que tambien es una enfermedad.

Cour. No es eso, señor doctor; lo que está es enamorado, y enamorado de Isabel.

Dam. Pues bien: para esa enfermedad está el remedio en la mano: casarlos. Una boda!.. Brava funcion para la señora Monistrol!

Cour. (*sonriéndose.*) Pica tan alto con respecto á Isabel, que no seria estraño que este casamiento...

Dam. Oh! Si el señor de Monville y su esposa no se hubiesen arruinado, si!.. Pero será todo lo del mundo, si de los restos de su gran fortuna, le quedan á su hija siete ú ocho mil libras de renta, y el señor Leoncio tiene otro tanto por su padre. Entrambos son jóvenes, se aman... con que repito, que casarlos.

Cour. Ese es mi mayor deseo; pero este hijo, blanco de todos mis pensamientos, cuántos disgustos no ha costado ya á su madre!... De niño, por su salud delicada, me vi en la precision de apartarle de los estudios y entretenimientos de su edad; solo en el campo, pasaba los dias en sueños y cabilaciones; esta vida contemplativa le alejó de todas aquellas cosas que constituyen la vida real y efectiva. Todos creian que era insensible y falto de entendimiento... solo yo le habia sorprendido alguna vez, y notado en él ciertas miradas de fuego, algunas palabras bien sentidas, y varios prontos llenos de generosidad, que revelaban una alma dotada de grande energía, que no podia ó no queria comunicarse con las otras. Despues he adivinado tambien el amor que con tanto cuidado procura ocultar, y que ni aun á mi me lo ha confesado. Todas mis tentativas para arrancarle este secreto, se han estrellado contra su reserva y frialdad, y que ahora acaba de dejarnos por primera vez leer en el interior de su alma.

Dam. No comprendo, lo confieso.

Cour. Pero acabais de comprender que es dichoso... Su alegria le ha hecho franquearse porque ha visto en los ojos de Isabel estampada la felicidad de su vida; es amado... no lo habeis visto?

Dam. Parece que el amor, ciego y sordo como es, tiene mejores ojos que yo, porque nada he visto de todo eso.

Cour. Escuchad: los jóvenes suelen decir frecuentemente á un amigo lo que no se atreven á confesar á su propia madre; Leoncio os ama, se franqueará con vos: es preciso que le veais.

Dam. Lo haré sin duda; y si quereis, puedo al instante...

Cour. Es preciso que este matrimonio se haga pronto, por él... y por mi tambien, que sufro demasiado al ver su tristeza.

Dam. Si, yo le haré desembuchar; eso me toca á mi que soy su médico: debo ser el confidente de las penas, como lo soy de los males; para estos me valgo de la esperiencia, y de la amistad para las primeras.

Cour. Es preciso interrogarle; (*vá á salir y vuelve.*) pero decidle tambien, que debia haber hecho confianza de su madre. Acaso, le pide ella otra cosa mas que el que sea feliz?.. Os le voy á enviar. (*sale por el fondo.*)

ESCENA IV.

Dambleville, *solo.*

Esta señora de Courtenay es una persona apreciabilísima!.. Por ejemplo, ella se inquieta constantemente; su hijo se atormenta sin cesar; la señorita se fastidia á todas horas, y su aya se queja desde la mañana hasta la noche. Fuera de esto, es la familia mas feliz, y el interior de la casa el mas apacible de cuantos conozco en París.

ESCENA VI.

Leoncio, Dambleville.

Leon. (*corriendo muy alegre.*) Doctor, aqui me teneis.

Dam. Bien, señor Leoncio, acercáos.

Leon. Me quereis hablar?

Dam. Sin duda.

Leon. Apostaria á que es de vuestro pleito.

Dam. Ah! mi maldito pleito... en buenas manos está!

Leon. Cómo!

Dam. Un joven...

Leon. Que es vuestro amigo, doctor.

Dam. Que no tenia ya mucho juicio, y que ahora...

Leon. La felicidad me infundirá talento.

Dam. Luego sois feliz?

Leon. Espero serlo.

Dam. Qué! realmente, estais enamorado? Vos?

Leon. (*admirado.*) Pero...

Dam. Vos amais á la señorita de Monville?

Leon. Quién os lo ha dicho?

Dam. Sois correspondido?

Leon. Lo creeis asi?

Dam. Es una cosa bastante natural; pero desde cuando os ha entrado ese amor?

Leon. Desde el primer dia que la vi.

Dam. (*admirado.*) Cómo! Si hace seis años que está en vuestra familia?

Leon. Pues seis años hace que la quiero.

Dam. (*admirado.*) Pero os partisteis el mismo dia que vino á esta casa!

Leon. Si; yo vivia en el campo desde mi infancia, enfermo y solo, sin que llamase nada mi atencion. Ya habia cumplido tambien los diez y ocho años, y ningun estudio serio habia ocupado mi imaginacion, ni me habia podido distraer de mis sueños y cavilaciones ningun género de entretenimiento; no sentia en mi interior ni fuerza, ni alegria ni voluntad; yo no vivia, esperaba la vida... Apareció Isabel, y ya no tuve nada que desear.

Dam. (*cuya sorpresa se redobla.*) Mi señora vuestra madre, la recibió á los catorce años.

Leon. Inmóvil en presencia de esta graciosa y hechicera criatura, no podia apartar los ojos de ella, siempre contemplándola. Isabel, educada en el mundo, estaba acostumbrada al primor, á la elegancia, á las gracias, á los talentos, como el aire que respiraba; manifestó sinceramente el espanto que la causaba el rústico exámen que yo hacia de ella, y se sonrió malignamente de mi supina ignorancia en todo. Al dia siguiente, doctor, sin prevenir á mi madre, ni iniciarla siquiera en mis proyectos, ya la habia dejado, ya me habia separado de Isabel, ya estaba en París.

Dam. Solo?

Leon. Mi debilidad se convirtió en fuerza y espíritu; un nuevo aliento me animaba. Tres años de estudios sérios y de viages largos y penosos, desarrollaron mi cuerpo y mis facultades intelectuales... Conocí que mi alma se iba elevando con la multitud de ideas y pensamientos que se agolpaban sobre ella, y cuando di la vuelta, amigo mio, yo era un hombre, é Isabel tenia diez y siete años.

Dam. Os ví juntos entonces, y no me pasó por la imaginacion, lo confieso, que pudierais estar enamorado. Entregado á estudios profundos, serio, y de temperamento frio como lo sois, no habia nada en vos que pudiese revelar la juventud ni el amor.

Leon. (*con viveza.*) La señorita Monville, á quien yo amo, la muger que he elegido, debe ser la noble y digna compañera de un hombre honrado, y no el capricho pasagero de un joven aturdido. Mi madre guardaba á Isabel con el mayor cuidado; no permitia que nadie se la acercase, y yo habia adivinado que su proyecto era unirnos... pero aprovecharse de la soledad, de la dependeucia, de la ignorancia del amor en que se hallaba el objeto de mi cariño, para obtenerla!... No: esta idea hubiera despedazado mi corazon!.. Yo queria que ella conociese el mundo, que se viese rodeada de gentes, festejada, y que su corazon y su juicio determinasen su eleccion.

Dam. Y en este tiempo poco faltó para que la señora Monistrol la hiciese casar con el marqués de Trenewil, y menos para que vos murieseis en Italia, á donde os habia conducido la desesperacion que el proyecto de este casamiento os causaba. Oh! la generosidad es bella cosa, pero no siempre obtiene por recompensa la ventura.

Leon. (*sonriendo.*) Entonces la ventura es la que tiene la culpa.

Dam. Os aconsejo que le deis la razon, casándoos con la señorita Monville... Pero hablad á mi señora vuestra madre, que padece mucho de veros triste, y desea este casamiento tanto como vos.

Leon. Pues no es ese mi único objeto, mi esperanza, mi vida, todo cuanto en este mundo me interesa?

Dam. Todo?

Leon. Ah, si... y vuestro pleito! No le olvidaré, no... Un bribon, porque el señor Gribelet lo es, y de marca mayor, ha comprometido en un mal negocio el fruto de vuestros trabajos y de vuestros talentos: yo le quitaré lo máscara; yo haré que se os administre justicia... Mi tiempo, mi trabajo, mi dinero, nada perdonaré para conseguirlo, y lo conseguiremos, no hay que dudarlo.

Dam. Con ese calor, oh! hareis un escelente abogado; y si quisieseis, algun dia podrian ser útiles á la patria vuestros talentos.

Leon. (*riéndose.*) La patria! A fé mia que tiene tantos procuradores que se mezclen en sus negocios, que si no está bien servida, será por falta de voluntad por su parte. (*con seriedad.*) Y en medio de eso, antes de tener una grande ambicion, no seria necesario tener grandes ideas? (*un poco exaltado.*) Si; yo amo la gloria, mas solamente aquella que pueda obtener por acciones útiles á mis semejantes; y si algun dia pudiese algo...

Dam. Vos? Con el desprecio que haceis del dinero, y la indiferencia con que mirais las grandezas! Se puede acaso prosperar no haciendo jamás nada de lo que todo el mundo hace? Consultad, pues, á los demás.

Leon. Yo no quiero consultar mas que á mi corazon.

Dam. Esa es una locura.

Leon. Tanto peor para la razon.

Dam. Confieso que mi amistad se inquieta de ver vuestra propension á entusiasmaros, y de la singularidad de algunas de vuestras ideas. A qué salirse del camino trillado de la vida ordinaria? Todo está aqui trazado en el dia, todo está formulado; y además, es cómodo y facil. El bien parecer indica las virtudes necesarias, el código civil encierra en sí la probidad, y el amor á la patria consiste en pag r las contribuciones.

Leon. (*en tono de reconvencion.*) Oh! Reñidme, reñid, que hoy no me podreis incomodar, pues está mi corazon muy alegre y contento. (*ap. con inquietud.*) Vá á venir; si pudiese echarle de aqui!) Os aconsejo, señor doctor, que os aquieteis con respecto á mi, y que os vayais tranquilamente á vuestros negocios. Adios, amigo mio.

Dam. (*admirado.*) Cómo, adios?

Leon. (*un poco embarazado.*) Si, es preciso que yo vea inmediatamente al tal Gribelet, para asegurarme de que no estoy equivocado, y trabajar para que se os entreguen vuestros doscientos mil francos.

Dam. Quiéralo Dios, porque sino, me quedo arruinado.

Leon. (*sonriéndose con aire de incredulidad.*) Oh! arruinado!

Dam. Pues bien, no, convengo: pero al cabo doscientos mil francos bien merecen la pena de pensar sériamente en ellos.

Leon. Y estad seguro, amigo, de que nada perdereis con mi felicidad lejos de eso, quisiera hacer algo por la amistad, por la justicia. La esperanza de ser amado! Esto redobla las fuerzas y el ánimo.

Dam. Joven apreciable!

Leon. Pero, adios, hasta la vista.

Dam. (*apercibiendo á Isabel.*) (Ah! ahora comprendo, la estaba esperando!) La señorita Monville viene hácia aqui, y si mi pleito no se puede ajustar sin vos, creo que vuestro casamiento se ajustará muy bien sin mí. Adios, pues, hasta la tarde.

Leon. (*á media voz, llevando á Dambleville á la puerta del fondo.*) Cómo me late el corazon! Es que mi vida se vá á decidir: no veis? (*Dambleville se vá, Leoncio permanece en el fondo, admirando á Isabel, que entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VI.

Isabel, Leoncio.

Isa. (*delante de la puerta hablando consigo misma.*) Yo no sé por qué estoy tan trémula!.. Temo que no he de poder hablar... Pero Carlota me ha apremiado de una manera... me ha rogado tanto que se lo diga al señor Leoncio! El es tan bondadoso! Ah! aqui está.

Leon. Al fin estamos solos!.. Desde mi vuelta parece que huis de mí.

Isa. Oh! no lo creais.

Leon. O que la señora de Trenewil os robaba todo el tiempo.

Isa. Es tan buena amiga! Me quiere tanto!

Leon. Y quién podrá dejar de quereros?

Isa. Cuando encontré á mi buena Carlota, estaba yo bien sola.

Leon. Amada Isabel!

Isa. Poco tiempo despues de vuestra ausencia, mi matrimonio se deshizo; y sabeis por qué?

Leon. Porque el cielo queria sin duda la felicidad de otro.

Isa. (*sonriéndose.*) El cielo!.. Y los pocos bienes que yo tenia, no le bastaron al señor marqués de Trenewil... que era el novio.

Leon. Qué indignidad!

Isa. (*con amargura.*) Si... yo hubiera sido su esposa... pero no soy rica.

Leon. Qué felicidad!

Isa. Mis padres, á quienes él habia conocido, pasaban por poderosos, y asi empleó mil medios para obtener mi mano; despues supo que era corta cosa lo que yo poseia... y seis semanas despues se casó con Carlota, que es muy rica.

Leon. Pero cómo habiais consentido?..

Isa. (*titubeando.*) Me habian repetido tantas veces que este casamiento me convenia!.. Y yo estaba entonces..

Leon. Hablad, decid todo lo que tengais en el pensamiento.

Isa. Estaba tan ignorante de todo, y aun de lo que pasaba dentro de mi corazon!

Leon. Y ahora?

Isa. Ahora he visto un poco el mundo, gracias á Carlota; porque antes de haberme encontrado con ella, vuestra madre era tan severa! No me dejaba ver á nadie: ninguna diversion me permitia: todo la alarmaba, hasta las miradas que me echaban casualmente en los paseos! No tenia con quien hablar, ni á quien comunicar mis pensamientos, mis deseos, sentimientos...

Leon. Oh! Dios!

Isa. Si supieseis!.. Cuando encontré á Carlota, que se vino hácia mí, y me habló con tanta ternura, que conoci que era una verdadera amiga... se me saltaron las lágrimas; y dije: al fin ya habrá quien me ame!

Leon. (*con viveza.*) Es posible?

Isa. (*sonriéndose y con gracia.*) Tambien teneis vos la culpa en parte.

Leon. Yo?

Isa. Me teniais tan acostumbrada á verme querida!

Leon. Ah! habeis penetrado mi corazon!

Isa. Si!.. vos sois mi amigo, no es verdad? Vos sois mi hermano!..

Leon. (*haciendo un movimiento.*) Pero...

Isa. Y quiero depositar en vos toda mi confianza; deciciros... todos mis secretos... como se los deben decir uno á otro los hermanos.

Leon. (*inquieto.*) Secretos! Vos teneis secretos?

Isa. (*con tono infantil y cariñoso.*) Oh! no pongais ese semblante tan grave, ni mostreis esa inquietud... como vuestra madre; porque entonces cerrará el miedo mis labios.

Leon. (*reponiéndose.*) Es preciso que lo sepa yo todo. Hablad pues!

Isa. Si, y sereis mi protector para con vuestra madre, porque ya sabeis, señor Leoncio, que ella es la única que tiene derecho á disponer de mí! La mia, al morir, le trasmitió todas sus facultades!.. Yo no puedo conceder mi mano á nadie, sin su consentimiento.

Leon. (*turbado.*) Vuestra mano! Qué decis?

Isa. Y si no aprobase mi eleccion?

Leon. (*con dolor.*) Vuestra eleccion!

Isa. Puede impedir mi casamiento.

Leon. Vuestro casamiento!

Isa. Si; el que me ama... y que...

Leon. (*con precipitacion y un poco de violencia.*) Y que es amado de vos, no es esto? Pero por el cielo, acabad! Quién es? Quién se ha atrevido?..

Isa. (*asustada.*) Qué decis? Pero... vos temblais!

Leon. (*procurando ocultar su turbacion.*) Yo?... no!... Estoy tranquilo!.. Muy tranquilo... solamente temo... Ah! el que ha sorprendido vuestro corazon, el que se ha hecho amar de vos, acaso no os ama como debeis ser amada! Como otro...

Isa. (*interrumpiéndole y con viveza.*) Ah! no temais nada! Me ama, y es digno de ser amado... Bondadoso, amable, nacido para agradar, su contento, su alegria, tan opuesta á la triste austeridad de este sitio! Y tambien otras cualidades mas sólidas, todo, todo me lo ha dicho muchas veces Carlota, que le conoce hace mucho tiempo; y si la hubierais oido hablar de él! Como le pondera! Como me repite que nadie me ama tanto como él.

Leon. (*fuera de sí.*) Os engañan, Isabel, os engañan!

Isa. (*con viveza.*) No: cuando sepais quién es, no podreis menos de quererle.

Leon. Jamás!

Isa. (*con viveza.*) Sí, le quereis ya!

Leon. Yo?

Isa. No hace mucho que lo habeis dicho.

Leon. Cómo?

Isa. Que vuestra amistad, vuestra adhesion á él serian eternas.

Leon. Quién es, pues?

Isa. Os ha salvado la vida.

Leon. (*con dolor.*) Alberto?

Isa. Era ya vuestro amigo!.. Y ahora será vuestro hermano, no es verdad?

Leon. (*apartándose de ella.*) Si, mi hermano... Oh! Dios mio!

ESCENA VII.

Dichos, la Marquesa de Trenewil, *el* Conde Alberto de Montigny.

Criado. (*anunciando.*) La señora marquesa de Trenewil, el señor conde de Montigny.

Leon. Cielos! (*hace un movimiento para alejarse; pero Alberto, despues de haber saludado á Isabel, se acerca á él y le coje la mano; Leoncio se queda inmóvil.*)

Mar. Aqui me tienes otra vez, Isabel. Saludo á usted, señor de Courtenay; he encontrado á la puerta al señor de Montigny; apenas hemos tenido tiempo para subir la escalera, y ya hemos entablado una discusion.

Alb. Yo estoy seguro de que la señorita de Monville se pondrá de mi parte, porque se trata de baile.

Isa. Baile!.. Sepamos.

Alb. Se halla en París, de pocos dias á esta parte, un estrangero, conocido mio, con un cofre atestado de dinero, mientras que hay tantos salones enteramente vacios...

Mar. (*riéndose.*) Oh! no le faltarán amigos que se encarguen de llenar los unos y desocupar el otro.

Alb. Y le he prometido que una señora que está en moda, consentiria...

Mar. (*con tono burlesco.*) En proveerle de amigos y conocimientos, como lo hace un tapicero de banquetas.

Alb. Pues asi se hace.

Mar. (*con el tono anterior.*) Entonces, proponed á mi marido, que está al frente de varias empresas industriales, que establezca una compañia para dar bailes domiciliarios, que yo por mí no entiendo nada de negocios.

Alb. Y por qué se ha de dejar escapar la ocasion de divertirse? La vida debe ser un dia de fiesta. (*á Isabel.*) No es verdad?

Isa. (*riéndose.*) Si será.

Mar. Eso no es seguro, que tambien puede ser un dia de combate.

Leon. (*haciendo un movimiento.*) Si.

Alb. (*con mucha alegria.*) Entonces se convierte en un dia de victoria.

Mar. Sin duda.
Leon. (*procurando sonreirse.*) Pero tambien hay ocasiones en que se necesita tener un gran valor.
Alb. (*yendo hácia él.*) Qué teneis, Leoncio? Estais malo?
Leon. Yo? No.
Isa. (*en voz baja á la marquesa.*) Todo se lo he dicho al señor Leoncio.
Mar. (*en el mismo tono.*) Y yo he escrito á su madre.
Alb. Pero vuestro semblante da á entender que estais enojado conmigo!
Leon. Oh! no; no lo creais.
Isa. (*con viveza.*) Él señor, que no cesa de repetir que la amistad que os profesa, será eterna!
Mar. Oh! El señor Leoncio tiene un corazon muy noble, para no justificar la confianza fraterna que le has hecho.
Alb. (*cogiendo la mano á Leoncio.*) Es cierto, Leoncio? Mi felicidad está en vuestras manos?
Leon. Y no olvido que mi vida ha estado en las vuestras.
Alb. (*satisfecho.*) Sí, sin duda; yo os he sacado del Tiber, bueno! Os he curado de un ataque al cerebro llamando dos médicos, mejor! Pero creeis que lo haya hecho para dejaros morir en París de fastidio? Yo no quiero eso: la vida es una chanza, y solo los tontos son los que toman con seriedad las burlas. (*bajo á Leoncio.*) Nos divertiremos. (*Leoncio hace un movimiento de repulsa.*) Oh! y cómo os ha de gustar! Mirad, amigo mio, yo no quiero mas que manifestaros mi reconocimiento, porque os voy á ser deudor de la que amo; de aquella, cuya gracia hechicera, y cuya bondad insinuante han seducido mi corazon. (*se dirige á Isabel, que está hablando bajo con la marquesa.*) Cuán feliz puedo ser!
Leon. (Cuánto padezco!) (*la marquesa se acerca á Leoncio, mientras que Alberto habla bajo á Isabel.*)
Mar. (*á Leoncio con un suspiro ahogado.*) Ella será feliz! Será la compañera de aquel á quien ama: de ese modo la vida es dulce, la virtud fácil, y la felicidad cierta.
Leon. (*como hablando consigo mismo.*) Si, que sea feliz!
Mar. Vuestra madre acaba de recibir, en una carta mia, la peticion formal del señor de Montigny, y una nota de sus bienes de fortuna. (*sonriéndose.*) Nota que no tiene nada de particular por cierto! Qué quereis? Suele decirse que los amantes pueden vivir del amor y del aire; pero en cuanto á los casados, jamás se ha visto. (*mas bajo.*) Isabel no tiene apenas mas que quince mil libras de renta, segun creo; pero el señor conde de Montigny se contenta con ellas: la quiere tanto! Puede heredar de un tio muy rico y muy anciano.

ESCENA VIII.

Dichos, y la señora de Courtenay.

Cour. (*entrando turbada por la puerta de la izquierda.*) Ah! no creia encontrar esto tan favorecido; pensaba que la señora marquesa estaba sola con Isabel; y la carta suya que acabo de recibir...
Mar. Interesa á mas de una persona, y la contestacion favorable hará mas de un dichoso.
Cour. Mas esa contestacion me es imposible darla delante del señor de Montigny, porque no puede ser mas que una negativa: este matrimonio es imposible!
Mar. (*asombrada.*) Imposible!
Alb. Por qué, pues?
Isa. Cielos!
Cour. Por mas honorífica que sea esta peticion para la señorita Monville: por mas ventajoso que sea este casamiento, como se ha presentado otro proyecto, otro partido...
Leon. (*con viveza y adelantándose entre la marquesa y la señora de Courtenay.*) Otro partido, madre mia! Pues no sabeis que Alberto la ama?
Cour. (*fijando los ojos en Leoncio.*) El otro la ama tambien mas tiempo hace.
Leon. (*con cierta especie de duda dolorosa.*) Pero ella no le ama. (*con voz mas firme.*) Alberto solo es el amado.
Cour. Isabel, por otra parte, no tiene la riqueza que al señor convendria; siete ú ocho mil libras de renta, á todo lo mas.
Leon. (*con voz firme y tranquila.*) Os equivocais, madre mia; tiene quince mil libras: su tutor es mi amigo, y estoy seguro de eso.
Cour. (*mirándole con sorpresa.*) Bueno; mas se necesita mi consentimiento, y yo no le presto.
Leon. (*mirando á Isabel que llora, tomando despues la mano á su madre y con voz firme.*) Ya le concedereis, madre mia; yo, yo os lo pido por Alberto, que me salvó la vida, y que á no ser por él, no tendriais hijo.
Cour. Qué! habia de ver yo por mis propios ojos una union que me desespera! No, no, repito: es imposible.

ESCENA IX.

Dichos y Dambleville.

Dam. (*entra por el fondo.*) Imposible! Pues sobre qué recae la cuestion?
Cour. Sobre el enlace de Isabel con el señor de Montigny.
Dam. Cómo?
Cour. Bien sabeis, doctor, que no puede casarse sin mi beneplácito, y que yo jamás consentiré...
Leon. Si, madre mia, este enlace se verificará, yo lo deseo, lo pido.
Cour. (*sorprendida y con tristeza.*) Tú lo pides, Leoncio?
Leon. (*con instancia.*) Se lo pido á mi madre; si, dad vuestro consentimiento, os lo suplico!
Dam. (Qué! Es él!)
Mar. (*á la señora Courtenay que titubea.*) Consentis, no es verdad?
Cour. (*esforzándose.*) Todo el mundo lo exige? Pues si, pero llevadlos de aqui, señora, que no quiero ni puedo soportar su presencia. (*repele á Isabel, que se acerca para darle gracias.*)
Mar. Cómo, señora? Que Isabel deje la casa en que se ha criado! Que os deje!
Isa. Marcharme asi... con vuestro enojo...
Cour. (*á media voz á la marquesa.*) Si supierais, señora? Este matrimonio, la presencia de este joven, todo, todo es imposible, imposible aqui! Dios mio! Por gracia, llevadla. Vos sois su amiga: vuestra casa es para ella el mejor asilo, el mas honroso. (*se vá á sentar á la izquierda.*)
Leon. (*á Isabel con dulzura.*) Idos, que despues volvereis, hermana mia. (*presenta la mano á Alberto.*)
Alb. (*apretándosela.*) Buen amigo!
Mar. Mientras tanto, Isabel, vente conmigo. (*á Leoncio.*) Bien, señor de Courtenay. (*vanse la marquesa, Alberto é Isabel. La señora de Courtenay está en un sillon á la izquierda. Leoncio en pié al otro lado del teatro; Dambleville en el medio.*)

ESCENA X.

Leoncio, Dambleville, la señora de Courtenay.

Cour. Pobre hijo!
Leon. (*á sí mismo muy abatido.*) Todo se acabó!
Dam. Todo se acabó! Y mi pleito?

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Un salon en el arrabal de Saint Honoré, en casa de la marquesa de Trenewil.—Puertas en el fondo, y á los lados. Una mesa á la izquierda del actor.

ESCENA PRIMERA.

Isabel, *la* señora Monistrol, *despues la* Marquesa. *Isabel entra por la puerta de la derecha, síguela la señora Monistrol.—Debe aparecer muy contenta.*

Isa. Las tres, y Carlota no ha parecido aun!
Mon. Y la señorita, que gracias á nuestra buena costumbre del Marais, está levantada desde las ocho; mucho antes que todos los criados de la casa, y acaso tambien primero que los porteros del arrabal de Saint Honoré.
Isa. (*risueña.*) No es gran mal: habré vivido algunas horas mas! Pero bien pronto me haré á los buenos usos... seré elegante, feliz, y tal vez de moda como la marquesa de Trenewil... Desde ayer que estoy en su casa... no puedo aun... Ah! aqui está Carlota. (*se vá hácia la marquesa que entra por la puerta de la izquierda, y tiene en la mano unas cartas.*)
Mar. (*yendo á colocarse entre Isabel y la señora Monistrol.*) Perdona, amiga, que no haya venido inmediatamente, (*sonriéndose.*) porque hace algunos momentos que estás aqui, lo sé, pues desde ese gabinete se oye todo cuanto se habla en esta pieza; pero tenia que concluir estas cartas, y eso me ha detenido.
Isa. Pues habia de querer yo que tú alterases en nada tu método de vida?
Mar. De ese modo permitirás?.. (*toma unas cartas de mano del cazador que entra, y pone sobre la mesa un gruesísimo paquete de periódicos.*) Ah! son los papeles públicos del dia. (*abre las cartas que la entregaron.*) Un convite de baile. (*tira la carta sobre la mesa al lado de los periódicos, y hace lo mismo con las demás, al paso que las va leyendo.*) Un concierto... dos bailes... (*abriendo aun mas cartas.*) todavia mas bailes... una loteria... una mañana musical...
Isa. Cuán dichosa eres!
Mon. (*que ha ido foliando los periódicos, y que ojea los billetes de convite con un gran suspiro.*) Cuántos placeres no hay en todo esto!.. Y decir que unos lo tienen todo...
El cazador. El señor conde de Montigny ha venido ya dos veces.
Mar. (*hace un movimiento al oir nombrar al conde; despues se repone, y dice á Isabel en voz baja, sonriéndose.*) Es por tí... (*al cazador que vá á salir.*) Andad... y no olvidarse de que estoy con gentes. (*vase el cazador.*) Hoy tendremos un buen dia, Isabel; esta noche se firmará el contrato matrimonial.
Isa. Tan pronto?
Mar La felicidad no viene nunca demasiado aprisa.
Mon. Ah! y cuánta razon tiene la señora marquesa! Un matrimonio puede descomponerse...
Isa. (*riendo.*) Para mi buena Monistrol, un matrimonio deshecho es una calamidad, que equivale á un incendio ó á un terremoto.
Mon. Algun dia dejareis de reiros de eso.
Isa. (*á la marquesa.*) En fin, querida Carlota, yo voy á ver el mundo, á conocerlo: no me han enseñado nada de lo que en él pasa; pero muchas veces lo he visto acá en mis sueños.
Mar. (*riéndose.*) Y quieres perder esos sueños de niña, tan brillantes, tan puros, por la realidad? Sustituir la esperiencia á las ilusiones? Cambiar las esperanzas de amor por el matrimonio, y la seguridad de tu vida apacible, por los riesgos y peligros del mundo? Y bien, lo veras!
Isa (*asombrada.*) Cómo, dices tú eso?
Mar. Me estoy chanceando. Hablemos de tu matrimonio.
Isa. Ocuparte de mí, cuando tantos placeres te cercan?
Mar. Oh! Sin duda los placeres! Mas hablemos de tu felicidad.
Isa. Y de la tuya tambien! Porque tù eres hoy la muger de moda; el señor Alberto me lo ha dicho!
Mar. Es posible!.. Pero hablemos de tus amores.
Isa. (*mirándola en silencio como asombrada.*) Si, Carlota, yo amo al señor de Montigny... pero para comprender cuán loca estoy de alegria, era preciso saber cuánto me hacia padecer el fastidio; ese mal sin causa, pero que puede conducirnos al sepulcro. Yo no tenia la menor idea de esas palabras llenas de gracia y de dulzura, con que Alberto ha trastornado mi corazon, ni de aquella elegancia, aquel buen humor, la vida alegre y regocijada que trae, y que sin embargo, no le impidió hacer una accion noble y generosa.
Mar. (*con viveza.*) Si, arriesgó su vida por salvar al señor Leoncio, á quien no conocia! Pero no sabes tú que la espone á cada paso en un desafio, por menos aun? Por una carrera de caballo, una apuesta, una friolera? Cómo admira y seduce esta audacia! (*se anima.*) Cómo se celebran, aunque sin querer, en un hombre, este valor, que aterra á una!
Isa. (*mirándola con sorpresa.*) Oh! tienes muchísima razon!
Mon. Cuanto celebraria yo casarme con un militar!
Isa. A tí te deberé, Carlota, toda mi felicidad!.. Te acuerdas de tu último baile? No puedo esplicar aun lo que pasaba en mi interior; la música me agitaba, el baile me volvia loca... Y la voz de Alberto, oh! yo no sé cómo adivinaba sus palabras, porque no las entendia; pero sus miradas repetian á las mias: «Yo os amo...» y... temblaba, me sonrojaba; mi corazon estaba conmovido, trastornado. Si era esto miedo, alegria ó amor, yo lo ignoraba!.. Y cuando me dió gracias por mi confesion, por el amor que acababa de prometerle... ni sabia siquiera que le amaba, ni que se lo habia dicho.
Mar. Ah!
Isa. Lo sabias tú ya! Porque nos ibas siguiendo los pasos... El ruido, el calor, el cansancio te habian puesto mala, y asi desmayada te estreché contra mi corazon... cuando me dijiste... te ama... Isabel... y tú le amas á él tambien.
Mar. (*con viveza.*) Sabes muy bien que yo he apresurado tu casamiento: mi amistad no se ha desmentido ni un solo instante; he vencido los obstáculos... yo soy la que te vá á unir á él... porque tú eres libre, tú has podido dar tu corazon; y esta noche (*ahogando un suspiro.*) serás su muger.
Isa. (*mirándola con sorpresa.*) Qué te ha dado?
Mar. (*sonriéndose.*) Nada.

MON. En fin, vamos... quiere decir, vá á ser condesa.
UN CRIADO. (*anunciando.*) El señor conde Alberto de Montigny.

ESCENA II.

Dichas y ALBERTO.

ALB. (*ap. entrando.*) Juntas!
MAR. Dos veces... ya... esta mañana!
ALB. (*con ternura á la marquesa.*) Nunca demasiado temprano para mi deseo. (*lo mismo á Isabel.*) Cuantos motivos para venir hoy!
MAR. (*le mira, él se detiene en el momento en que tomaba la mano á Isabel: con tono desdeñoso.*) Tantos negocios os ocupan ordinariamente!
ISA. Tantos placeres, querrás decir?
ALB. El placer no es el mayor negocio?
MAR. El tiempo que le dedicais, no debe, á la verdad, dejaros mucho para los demas.
ALB. (*á la marquesa con aturdimiento.*) No me dejaria absolutamente ninguno, si vos quisieseis...
ISA. (*ap., admirada, y un poco celosa.*) Como la mira!
ALB. (*percibiendo el movimiento de Isabel, se llega á ella y la dice con ternura á media voz.*) No la voy á deber mi felicidad!
MAR. (*triste, ap., mirándole.*) Qué pronto ha obedecido!
ISA. (*que está atenta á los movimientos de la marquesa, mirándole con un poco de desconfianza.*) (Qué turbada está Carlota!) Vuestra felicidad! Y es cierto eso?
ALB. (*con alegria.*) Oh! dejad esas desconfianzas, esas sospechas que se forman en la soledad, y que el mundo no tolera: que nuestra vida sea brillante, y pasémosla alegremente; dejemos á un lado los grandes sentimientos y los celos: la tristeza nunca es de moda, y los artesones dorados no deben ver mas que la sonrisa.
MON. Si supieseis la vida que se hacia en casa de la señora de Courtenay, no os admirariais.
ISA. (*la hace señas para que calle; risueña.*) Es verdad que mi juventud es como la infancia, no tiene pasado.
MAR. Por eso es tan alegre y tan confiada.
MARQUES. (*dentro de bastidores.*) Todavia preparativos de fiesta!..
MON. Oigo al señor marqués.
MAR. (*riéndose.*) Si, parece que es con alguno que está riñendo.

ESCENA III.

Dichos y el MARQUES.

MARQUES. (*de mal humor.*) Y qué! señora, siempre gentes, comidas... (*percibe á Isabel, cambia de tono y dice con aire agradable.*) Pero, qué veo? La señorita de Monville! Qué felicidad! (*la saluda, se acerca á ella, la quiere tomar la mano, ella se retira hácia atrás y le saluda con dignidad; vé entonces el marqués á Alberto y empiezan á picarle los celos.*) En cuanto al señor de Montigny, no es estraño verle aqui.
MAR. El señor Alberto es vuestro amigo.
ALB. Y ese es para mi un honor, de que me precio.
MARQUES. (Las visitas son ya demasiado frecuentes!)
ISA. (No me parece á mi que el señor marqués está muy contento de ver á su amigo!)
MARQUES. Parece que teneis música esta noche?
MAR. Esta mañana, caballero.
ALB. (*riendose.*) Oh! los placeres invaden el dia... á despecho del fastidio, que no les queria ceder mas que la noche.
MARQUES. Y de la coqueteria, que gana mucho con las luces artificiales.
MAR. (*sonriéndose malignamente.*) Sentencias de marido! La coqueteria es de todos los momentos, aunque no fuese mas para causar celos.
MARQUES. Ah!
MAR. O bien para probarse á sí misma, que poseemos aun algunos medios de agradar.
MARQUES. Lo creeis asi?
MAR. Y para oir repetir aquellas espresiones dulces, que tan pronto cambian los maridos en reconvenciones y epigramas.
MARQUES. Ese juego peligroso...
MAR. (*risueña y maligna.*) Es una leccion que doy á una amiga, que vá á casarse. Si no hubierais estado ausente estos dias, sabriais ya que Isabel se casa con el señor de Montigny.
MARQUES. (*admirado y contento.*) Alberto!
MAR. Esta noche se firma el contrato en vuestra casa.
MARQUES. (*alegre, yéndose á colocar entre Isabel y Alberto.*) Ah! Cómo pues! Alberto es uno de mis amigos, de mis mejores amigos. Es un genio activo, emprendedor... debe salir con todo cuanto desee.
ISA. (Qué tenia pues este hombre? Y por qué Carlota está tan agitada?)
UN CRIA. El señor doctor Dambleville.

ESCENA IV.

Dichos, DAMBLEVILLE; *saludos.*

MAR. Y bien, señor doctor, qué hay de nuevo?
DAM. Nada que merezca la pena de contarse... Intrigas, casamientos; dueñas de casa que tienen siempre alguna buena accion que hacer á espensas de sus amigas, y algun jóven soltero protejido que establecer á costa de una rica heredera. (*movimiento de la marquesa; míranla el doctor é Isabel.*) Caballeros de provincia, que vienen á París á comerse en seis meses lo que sus padres pudieron allegar en treinta años. Los tontos meten siempre gran ruido. Las mujeres hermosas se ostentan siempre en el baile y en la ópera, y los intrigantes hallan modo para estar á un mismo tiempo en todas partes; en fin, las cosas van como de ordinario.
ALB. (*jocosamente.*) Y como de ordinario tambien, el señor doctor no perdona mas nuestras ridiculeces que á sus enfermos.
DAM. (*riéndose.*) Si estos fuesen tantos como aquellos, no sabria á cuáles atender primero.
MAR. La señora de Courtenay vendrá á la invitacion que le hice?
DAM. Se lo iré á preguntar, cuando salga de aqui, si la señora marquesa gusta de ello.
MARQUES. Ah! me haceis acordar de una carta de su hijo, en que me anuncia que se pasará por aqui esta mañana, para hablarme de un asunto de la mayor importancia, segun él dice.
ALB. Cómo?
MARQUES. Yo no podia comprender esta carta; pero los intereses de la señorita Monville, de que la señora de Courtenay quedó encargada, serán sin duda los que traerán aqui á su hijo. Le conoceis, Alberto?
ALB. Que si le conozco? Es de todos mis amigos el que mas quiero, y el que menos me entretiene.
DAM. Es un joven noble y leal.
MON. Si, seguramente; pero se dá poco al mundo; no

se ocupa de las mugeres, no juega nunca, no ha tenido ningun desafio, ni sabe bailar, ni aun siquiera la polka íntima!.. En fin, uno de aquellos jóvenes que no sirven para nada.

Mar. Pero cuya nobleza de corazon es capaz de todo.

Alb. Y en primer lugar, para las locuras! No he dejado de persuadirme hasta ahora, de que no se hubiese arrojado al Tiber de intento.

Isa. (Oh! cielos!)

Mon. Es muy posible.

Alb. Y en el delirio de la calentura, hablaba de una muger... Oh! una pasion terrible... Estos hombres tan racionales son enamorados frenéticos.. Yo lo creo, como que no aman mas que una vez en la vida... Todas sus tonterias en una sola! Asi nada les falta!

Dam. Los males públicos, las faltas y defectos de la sociedad, le aflijen, le trastornan.

Alb. Y luego, se asocia á todos los hombres de bien, pobres, miserables, que encuentra casualmente, y asi anda á veces mal acompañado.

Isa. (*con tono de desaprobacion.*) Ah!

Un cria. (*anunciando.*) El señor de Courtenay.

ESCENA V.

Dichos, Leoncio.

Leon. (Isabel!) (*se detiene viendo tanta gente.*)

Mar. Mucho celebro ver al señor de Courtenay en esta casa.

Leon. (*conmovido al pronto, se repone y saluda á cada uno con dignidad.*) Tengo el honor, señora marquesa... pero... era al señor marqués... y para un negocio... no quisiera incomodar á estas damas.

Isa. (Qué pálido está!)

Marques. Todo el mundo os conoce aqui, señor Leoncio, y se alegrará mucho de veros.

Alb. (*risueño.*) Si hubieseis oido lo que de vos se decia, Leoncio!

Dam. Oh! eso le seria absolutamente igual; al ver el poco caso que hace de la opinion de los hombres, no parece sino que tiene para sus acciones otro juez bien superior á ellos.

Leon. Lo que tengo que decir al señor marqués no sufre dilacion... porque esta tarde dejo á París.

Mar. Dejar á París! El casamiento de Isabel necesita de vuestra presencia, de la de vuestra señora madre... podria presumir...

Leon. (*turbado.*) Qué, pues?

Mar. Que entrambos desaprobabais esta union... y las gentes... pero no, la señora de Courtenay nos dispensará el honor, asi como vos, de aceptar nuestro convite. (*Leoncio se inclina y no responde.*) Pero tened la bondad de tomar asiento.

(La señora Monistrol habia tocado la campanilla; entró el cazador y va arrimando sillas; se colocan los interlocutores del modo siguiente: el Marqués, Leoncio, Dambleville, la Marquesa, Isabel, sentados: Alberto en pie inclinándose hácia el sillon de Isabel, la señora Monistrol de pie al otro lado de la mesa.)

Leon. (*dudoso en sentarse.*) Repito, señor marqués, que un negocio de grande importancia, y muy urgente, me trae aqui.

Marques. Se trata de intereses vuestros peculiares? Entonces paso á mi despacho. (*levantándose.*)

Leon. Lo que tengo que decir no toca ni pertenece en manera alguna á mi persona, y es á vos solo...

Marques. (*volviéndose á sentar y haciéndole señas para que se siente.*) Hablad, pues; no tengo negocio alguno que deba ni pueda ocultar, y podeis esplicaros delante de cuantos están presentes.

Leon. Pero permitidme otra vez; temo el fastidio...

Isa. (*un poco burlona.*) Si no se trata de escoger una gala, ó de los preparativos de un baile, piensa acaso el señor Leoncio, que no somos dignas de escucharle?

Leon. (*con tono afable.*) Al contrario! No es digno de ser oido, porque voy á hablar de negocios pecuniarios.

Mar. De negocios! Pues bien, no trata de eso todo el mundo? Mi camarera tenia esta mañana dos acciones de una compañia para ajustar casamientos.

Mon. Esa si que es una escelente idea!

Leon. Lo que me trae aqui, no se refiere justamente á una de aquellas especulaciones que no quiero calificar; porque en el dia, la pasion por el dinero trastorna todas las cabezas, y da lugar á muchas locuras y tonterias.

Alb. (*alegremente.*) Y tienen mucha razon! Sea usted pobre en nuestros tiempos! Viva usted en una boardilla para que no venga á verle ninguno de sus amigos!.. Ande usted mal vestido para que ninguna muger le mira á la cara!.. Vaya usted á pie para que no le conviden á nada!.. Lo primero es ser rico, despues ya se goza de consideracion; todo París corre á vuestras funciones, come en vuestra mesa, y no se para en averiguar cómo habeis adquirido lo que gastais.

(Mientras que Alberto estaba hablando, daba Isabel grandes muestras de atencion, haciendo al fin un cierto gesto de descontenta; percíbelo Alberto y la habla tiernamente, procurando distraerla de que preste atencion á lo que dice Leoncio.)

Leon. (*mirándole y sonriéndose.*) Os estais burlando, Alberto. (*serio.*) En nuestros tiempos, y doy gracias al cielo, las especulaciones de comercio y los trabajos del entendimiento son manantiales de poder. Admiro y aprecio los medios honrosos de prosperar, que no debe un hombre mas que á sí mismo; y el talento es un poder, que se puede proclamar sin temor ni bajeza. Pero hay mucha distancia entre una industria honrosa y aquel aparato falso y engañoso que se presenta á la codicia crédula, y que solo sirve para que algunos intrigantes se aprovechen de todos los ahorros y economias de los pobres.

Marques. Pienso del mismo modo que usted, amigo mio...

Leon. Bien seguro estaba yo de eso.

Alb. (*que estaba hablando bajo á Isabel y como continuando la conversacion.*) Cuán feliz soy! (*detiénese Leoncio y hace un movimiento.*)

Mar. (*con un poco de mal humor.*) Isabel!

Isa. (*riéndose y con tono cariñoso.*) Señor Alberto!... Tened mas formalidad!

Leon. (*mirándolos y ahogando un suspiro.*) Si, señor marqués, yo estaba bien seguro, y solo un error ó algunas intrigas culpables, hubieran podido meter al señor de Trenewil en una especulacion de esta naturaleza.

Marques. (*admirado.*) Cómo!

Mar. (*con viveza.*) Cielos!

Dam. (*id.*) Es posible!

Marques. Continuad, pues, amigo mio!

Leon. Un hombre de bien ha sido engañado; colocó en una empresa fraudulenta el fruto de muchos años de trabajo, y la sana razon, asi como la probidad, debe impedir una especulacion que no puede traer mas que desgracia y ruina para los unos... y otra cosa peor, tal vez, para los otros.

Marques. (*levantándose, asi como Leoncio.*) Caballero...

Dam. (*á Leoncio, levantándose.*) Deteneos.

Leon. (*incomodado.*) Doctor, ayudadme, pues, en lugar de contenerme.

Dam. (*pasmado, yendo á sentarse.*) Que os ayude? Yo! Yo ayudaros!..

Alb. (*irónicamente.*) Cómo! Pues no quereis hacer el don Quijote, acorrer á los menesterosos y desfacer todos los entuertos?

Dam. Mucho tendria que hacer.

Marques. (*á Leoncio.*) Vuestro celo, señor, no tiene mas que una tacha, y es que está fuera de su lugar; porque yo no concibo, que nada de todo eso pueda tener relacion con mi persona.

Dam. De vos, señor marqués, lo creo muy bien.

Leon. (*á Dambleville.*) De ese modo, dais la razon al señor?

Dam. Si, cierto.... y se la daré mil veces.

Leon. (*lo mismo.*) Con que yo no debo defender los intereses contrarios?

Dam. Sin duda que no! Porque yo apostaria á que os ha embaucado algun pobre diablo, que codicia un dinero que no le pertenece. Creedme, renunciad á vuestro propósito; que no se hable mas; y el señor marqués os disimulará, porque sabe que vuestra alma generosa os lleva muy frecuentemente mas allá de lo que convendria.

Leon. Si vos lo ordenais, yo no tengo ya nada que hacer, ni vos tampoco que demandar al señor Gribelet.

Dam. (*levantándose con prontitud como todos los demás.*) El señor Gribelet! Qué es lo que decis?

Leon. Si señor, Gribelet.

Dam. Y ese dinero?

Leon. Es el vuestro.

Dam. Mis doscientos mil francos?

Leon. Los mismos.

Dam. Oh, mi Dios! No se trata ya de un pobre diablo... se trata de mi... Este dinero es muy mio... No: no vayais á dar de mano á ese negocio, señor Leoncio; de ninguna manera; antes por el contrario... vamos, pues, hablad... el señor marqués os escuchará... debe escucharos... y ese indigno Gribelet....

Mon. (Toma... ahora dice todo lo contrario de lo que acaba de decir!)

Mar. (*al marqués.*) Gribelet? Quién es ese hombre? Qué relaciones pueden mediar entre él y vos?

Marques. Es el agente de algunas de mis empresas.

Dam. Es un pícaro, un bribon, un ladron!

Marques. Si habrán sorprendido mi buena fé!

Leon. (*al marqués.*) Ese hombre os ha vendido, despues de haberos engañado.

Alb. (Ese imbécil de Gribelet habrá hecho alguna de las suyas!)

Leon. El señor marqués pensará como yo, luego que tome conocimiento de este escrito, en el cual he reunido todo aquello que puede ilustrarle sobre la materia, y aquietar su conciencia.

Alb. (*que se ha colocado entre Leoncio y el marqués, y toma el papel jovialmente.*) La vuestra, Leoncio, puede haberse estraviado.

Marques. (*volviendo á coger el papel á Alberto*) Dadme, pues, ese papel.

Alb. (*á Leoncio.*) Sois un misantropo, que no sabeis nada de las cosas del mundo; no es verdad, doctor?

Dam. El señor? Al contrario... lo sabe muy bien.

Alb. (*siempre jovial.*) Que os meteis en lo que no os va ni os viene.

Dam. Esto le toca! Es mi amigo... el mejor que tengo.

Alb. (*lo mismo.*) No teneis la menor idea de lo que se llama negocios.

Dam. Los entiende perfectamente. (Este señor Alberto me incomoda mucho.)

Leon. Cuando el señor Gribelet, estrechado por mis preguntas, y convencido del riesgo que podia correr, me nombró al señor marqués como gefe de esta empresa, entonces, señor, vine á vos, persuadido de que se os habia engañado, porque yo sé que al lado de un hombre rico, y que goza de consideracion, se encuentran á veces gentes diestras que le engañan, esplotando su fortuna y su nombre... Ahora he dicho cuanto tenia que decir.

Alb. (*colérico, no pudiendo sostener la jovialidad afectada que habia sostenido hasta entonces.*) Puede haber en eso un celo mas sospechoso, que las intrigas que se pretenden.

Leon. (*admirado.*) Qué decis?

Isa. (*que habrá estado muy atenta á la escena, y algunas veces admirada y descontenta.*) Qué hay, pues?

Dam. (*con viveza.*) Dudar del señor Leoncio!

Mar. (*pasmada.*) Por qué incomodarse de ese modo?

Alb. (*sosegándose, y con amabilidad á la marquesa.*) Oh! perdonad... no he podido contenerme al ver que se atacaba al señor marqués...

Marques. (*con frialdad á Alberto.*) Y en dónde habeis visto que esto me pueda ofender?

Dam. (Si conocerá el señor Alberto á Gribelet!)

El caz. (*entrando por la puerta lateral.*) Ahi está un sugeto que desea hablar al señor marqués.

Marques. Voy allá.

El caz. Los artistas que la marquesa mi señora esperaba, acaban de llegar.

Mar. Les voy á hablar. (*á Isabel.*) Ya ves; hoy concierto, mañana doy un gran baile, pasado te llevo á la ópera; ni aun te quiero dejar tiempo para pensar. No me he encargado de tu felicidad?

Marques. (*á Leoncio.*) Nos volveremos á ver, señor Leoncio, supuesto que habeis de asistir á la boda...

Isa. Si me permitis, (*á Leoncio.*) pondré dos letras... y se las llevareis á mi señora vuestra madre, rogándola que acceda á mis instancias... (*hace un movimiento para ir á escribir.*)

Leon. Esperaré...

Mar. (*señalándole la puerta de la izquierda.*) En ese gabinete, en que estaba yo escribiendo poco hace.

Isa. Vuelvo al instante...

Marques. (*se encamina hácia la puerta de la derecha, luego se detiene, vuélvese á Leoncio y le tiende la mano afectuosamente.*) Hasta la vista, señor de Courtenay. (*sale por la puerta de la derecha.*)

Dam. Este es un buen preságio para mi negocio. (*sale por la puerta del fondo.*)

Alb. (*á Leoncio.*) Tengo que deciros, Leoncio.

Leon. Ya os escucho, Alberto.

Mar. (*despues de haber llevado á Isabel á la puerta de la izquierda.*) Hasta la noche, señor de Courtenay. (*saluda á Alberto, y vase con la señora Monistrol por la puerta del fondo.*)

ESCENA VI.

Leoncio, Alberto.

Alb. Qué os he hecho yo?

Leon. Cómo?

Alb. Os habeis olvidado ya de nuestra amistad?..

Leon. Ha empezado de un modo, que jamás puedo olvidarla.

Alb Por qué, pues, tratais de perderme para con el señor marqués?

Leon. Perderos?

Alb. Un hombre débil, que no tiene mas ideas que las que otros le sugieren, y de cuya confianza me acabais de despojar...

Leon. A vos?

Alb. A mi, que soy el que le indujo á todas sus empresas; sin que la marquesa lo llegase á entender, y algunas veces hasta repugnándolo él mismo, que en un principio ni hacia caso de ellas.

Leon. Oh! no es posible, Alberto!

Alb. El pone su capital, yo mis ideas, y los productos nos los repartimos.

Leon. (*dolorosamente.*) Es cierto?

Alb. Nada hay mas comun.

Leon. Alberto, respondedme!.. Por el cielo os conjuro á que digais la verdad!.. Conoceis con toda precision los pormenores de este negocio?

Alb. (*dudoso al principio y despues riéndose.*) Qué severo estais, y con qué solemnidad lo decis!.. Ya veis, amigo mio, que yo no tomo con la seriedad que vos las cosas de la vida.

Leon. Alberto!

Alb (*en tono alegre y con ligereza.*) No hay nada mas fastidioso que las fortunas lentas y medianas, que siguen al trabajo y á la economia: es preciso hacer una fortuna rápida, instantánea.

Leon. (*animándose.*) Alberto!

Alb. (*siempre risueño.*) Quereis que me case con Isabel cuando tenga cincuenta años?

Leon. Isabel no se casará jamás, sino con un hombre honrado.

Alb. Caballero... eso es ya demasiado; ya adivino vuestro intento.

Leon. Vos!.. Adivinais?..

Alb. Si: habeis venido á trastornar mis proyectos, á destruir mis esperanzas, á arrebatarme á Isabel!

Leon. (*turbado.*) Qué es lo que osais decir?

Alb. Oh! todo lo veo al presente! Vos la amais!

Leon. Yo?

Alb. Vos, si; si lo quisiérais negar, no debiérais haberos demudado al oir su nombre.

Leon. Y cuando eso fuese:..?

Alb. Si fuese eso!.. Pero vos acabais de ofenderme, de acusarme en su presencia!.. No sabeis que en semejantes casos...

Leon. (*con cierta prontitud, mezclada con alegria.*) Es preciso batirse, no es esto? Y quién os ha dicho que yo no lo desee mas que vos?

Alb. Venid, pues.

Leon. Oh! no os haré esperar.

Alb. (*con ironia, yendo hácia el fondo.*) He aqui esa amistad de hermano.

Leon. (*á si mismo, deteniéndose.*) De hermano? Oh! si, su hermano para protegerla... defender su felicidad... decia ella... y aquel á quien ama... estaria delante de mi... buscaria mi espada su corazon!.. Ah! nunca... nunca! Buen Dios! Era una locura, un delirio! La razon vuelve á recobrar su imperio! Alberto, hay palabras cuyo acento no puede engañar; vos, tan valiente para defender vuestro honor!.. Vos, tan generoso para salvar á un desconocido!.. Vos, que tantas cualidades sobresalientes...

Alb. (*riéndose.*) Qué quereis? Hay gentes que son, respecto de las virtudes, lo que otras respecto del dinero; tienen lo que es supérfluo, y les falta lo necesario.

Leon. (*con impaciencia.*) Habeis de estar siempre de broma? Creedme, á pesar de eso, el tiempo pasagero de la intriga, aquellos aparatos de fortuna, aquel brillo que á veces deslumbra, nada de eso es real y verdadero!.. La ruina, la vergüenza y la desdicha, nada hay verdadero mas que el bien, de cierto mas que el talento, y de duradero mas que la virtud.

Alb. Ese es un lindo sueño, Leoncio!

Leon. Es la verdad pura!.. Vos la aprendereis!.. Dejadme que os la enseñe... Confiadme vuestros intereses; decidme el compromiso que teneis en este malhadado negocio. Vos tambien, vos habreis sido engañado!.. Todo lo quiero saber; y cualesquiera que sean los sentimientos de mi corazon, no lo dudeis, es la mano de un amigo la que os tiendo; pero necesito la certeza de su felicidad! Que el porvenir de Isabel sea honorífico á par que dichoso!

Alb. (*tomándole la mano.*) Ah! Lo juro! Pero si supiéseis, que criado por un pariente poderoso, cuya debilidad cedió por largo tiempo á todos mis antojos, me ví de repente separado de él, abandonado y desheredado sin duda por una loca calaverada de muchacho, despues de haber estado acostumbrado á un lujo, que se habia convertido en necesidad? Pues bien, he procurado volver á mi antigua opulencia por medio de especulaciones! Y la revelacion que acabais de hacer al marqués, me pone en una situacion cruel! Qué le vais á decir? Decidios, Leoncio; podeis salvar á un amigo ó perder á un rival.

ESCENA VII.

El Marques, *saliendo por la puerta de la derecha;* Leoncio, Alberto, *despues* Isabel.

Marques. (*oyendo la última palabra.*) Un rival? Quién? El? El señor de Courtenay? El ama á la señorita de Monville?

Alb. Tal vez mi matrimonio destruye una esperanza!

Marques. (*admirado, mirando á Leoncio.*) Ah! vuestras palabras acusaban ahora mismo á otro amigo. (*aqui aparece Isabel, pálida, entreabriendo la puerta de la izquierda con una carta en la mano.*)

Leon. (Isabel!)

Marques. (*sin ver á Isabel.*) Sabeis, señor, que ese celo puede parecer sospechoso? Si algun mal designio...

Isa. (*adelantándose.*) El? Oh! Es imposible.

Alb. (*con viveza.*) Cómo, lo sabeis?

Isa. Yo no lo sé, pero estoy segura.

Leon. (*ap. con alegria.*) Su estimacion y la mia!

Alb. (*celoso y con despecho.*) Ah! estais segura?

Leon. (*reparando el movimiento de Alberto.*) Voy á dejar á París y á la Francia para siempre. (*al marqués.*) Alberto ha sido engañado como vos, señor; los dos saldreis garantes de los intereses del doctor Dambleville. (*á Alberto.*) Si es necesario, Alberto, yo responderé por vos. (*á Isabel, pasando á su lado.*) Dadme esa carta para mi madre, señorita; y al momento me alejo, no tengo nada que hacer aqui. (*saluda y sale por el fondo.*)

Isa. (Se vá!)

Alb. (*al marqués llevándosele.*) Vamos á examinar juntos el papel que os ha dado.

Marques. Venid, señor Montigni. (*vase por la puerta de la derecha.*)

Alb. (*á Isabel.*) Dentro de un instante estoy á vuestros pies. (Escribamos al momento á ese maldito Gribelet, para que no descubra nada.) (*toma el mismo camino que el marqués.*)

ESCENA VIII.

Isabel, *despues la* Marquesa.

Isa. Todo lo he oido. Oh Dios mio! Cuan noble y ge-

neroso es Leoncio! Pero será cierto que me ama! O tal vez Alberto ha inventado este amor para motivar las justas reconvenciones de Leoncio? Por qué á Alberto no le acabo de comprender? (*la marquesa entra por el fondo, Isabel vá hácia ella.*) Ven, Carlota, ven, te lo suplico; necesito tus consejos, tu amistad.

Mar. Me parece que estás muy agitada!

Isa. (*tomándola la mano con viveza.*) Escucha: eres mi amiga? Te puedo decir lo que dentro de mi corazon pasa? Carlota, me puedo fiar de tí?

Mar. Y lo dudas?

Isa. (*con viveza.*) Oh! es porque en este momento todo presenta para mi un aspecto singular; una multitud de ideas nuevas, de temores desconocidos vienen á trastornarme. Alberto cambia á mis ojos: su alegria, que todavia ayer me encantaba tanto, hoy me parece tristeza. Por qué se burla de los nobles sentimientos de Leoncio? Por qué tiene otras ideas y otro lenguaje?

Mar. (*admirada.*) Qué dices?

Isa. (*con viveza.*) Si mis dulces ilusiones, si mis sueños llenos de encanto, la esperanza de un amor recíproco, si todo esto desapareciese!

Mar. Tu sueñas males imaginarios; no te vas á unir con el que amas, con el que has elegido? Es tan rara esta dicha! Es un bien concedido á tan pocas mugeres! Ah! conténtate, sé feliz!

Isa. Pero el corazon no puede cambiarse?

Mar. Cómo?

Isa. Carlota, una joven educada con recogimiento, que no ha visto nada, que nada sabe del mundo, no puede equivocarse en su eleccion, fundar su felicidad en un corazon inconstante, ligero, que no pueda sentir nada profundamente, y al cual los placeres le alejen bien pronto de aquella que le ha de estar unida para siempre?

Mar. (*con amargura.*) Si, sin duda; nos casamos y está dicho todo. Tu marido habla de sus negocios con sus conocidos, de sus placeres con sus amigos, de sus amores con otras mugeres; y es preciso vivir á su lado, sin gusto ni felicidad para una misma, y sin utilidad para nadie.

Isa. (*que la escucha atentamente.*) Y qué es entonces, Carlota, de nuestro corazon, que palpita con tanta frecuencia?

Mar. (*con viveza, próxima á declararse.*) Qué es? (*cambia de tono.*) Ah! cree en la felicidad, en la virtud! Que la amargura sea para tí una palabra vana, vacía de sentido! Que las faltas y las culpas te parezcan siempre imposibles!

Isa. No, no, yo ya no me entiendo.. Habla, te lo ruego! Qué viene á ser de una muger, de ese modo abandonada de aquel á quien debe amar únicamente por todos sus dias? Cómo pasa la vida? Quién llena sus horas? Qué sentimiento de afeccion ó cariño puede avivar sus gustos y consolar sus penas? Qué hace de sus talentos? Quién la recompensa por sus virtudes? A quién puede desear agradar? De qué le sirve ser hermosa? Oh! Habla, pues!

Mar. Quieres que hable? Quieres saber toda la verdad? Ah! mejor harias en decirme que te engañase! Demasiado pronto se llega á saber de la vida, mas de lo que se necesitaria para ser feliz!

Isa. Ah! la vida, dice Alberto que es la felicidad.

Mar. Es la desdicha, Isabel!

Isa. Y Leoncio repetia que era la resignacion y la virtud.

Mar. Ah! pero tú sabes que las ideas severas, las creencias puras de nuestra infancia se pueden borrar con las chanzas, los sarcasmos, y el ejemplo del mismo que deberia ser nuestra guia?

Isa. Si no participa de ellas!

Mar. Si, se rie de nuestros escrúpulos, se burla de nuestra delicadeza, y nos deja solas en medio del mundo, sin fuerzas, sin afecciones, sin esperanzas!

Isa. (*mirando á la marquesa con intencion.*) Qué ideas despiertas en mi! No hay tambien, Carlota, mugeres, á quienes el mundo envidia, y cuyo corazon lleno de disgusto y amargura, oculta una profunda tristeza bajo la sonrisa, las fiestas y diversiones, la opulencia y la mentira?

Mar. (*conmovida, dejándose llevar de sus impresiones.*) Y que oprimidas bajo el peso de una ociosidad faustosa, buscan en vano algun atractivo en la vida; cuyo corazon y pensamiento no saben á donde inclinarse; y esto, cuando el mundo escita su imaginacion, cuando en torno suyo todo habla de amor; los libros, los teatros, las artes, la poesia, y á veces mas alto y con mas fuerza que todo esto, una voz que las hace temblar.

Isa. Cómo? Qué dices?

Mar. (*animándose cada vez mas.*) No puede esto dar origen á un pensamiento que se reproduzca sin cesar? No se puede encontrar alguna persona cuya vista ofusque á una, y la encante, y cuyas palabras la trastornen?

Isa. (*como aterrada.*) Carlota!

Mar. (*lo mismo.*) Ah! cada dia de esa vida brillante que tanto se envidia, puede muy bien estar destinado á devorar lágrimas amargas, á sufrir, á estremecerse!

Isa. Gran Dios!

Mar. Y dichosa de aquella que no tenga mas que dolores y sentimientos, sin contar ninguna culpa entre sus desdichas.

Isa. (*con inquietud, espanto y dolorosamente.*) Si fuese esa tu suerte! Si hubiese de ser la mia!

Mar. (*lo mismo.*) Tú no sabes, no sabrás jamás cuanto valor, cuanta fortaleza se necesita cerca de aquel á quien se ama, para ocultar bajo la máscara de la indiferencia el amor que te inspira; para rebatir con frialdad las palabras que te dirige; para presentarte delante de él tranquila, insensible y cruel, para obligarle, por medio de desdenes, á que contraiga un nuevo amor, que reemplaze el tuyo, y despojarte de toda esperanza, uniéndole con aquella que le has hecho elegir! Qué espantoso tormento! Y durante estas luchas crueles, que absorven toda el alma, un nombre te hace mudar de color, un nombre te hace temblar; y la sociedad, de la cual te olvidas, adivina tus pensamientos y te acusa. Despues, cuando la buscas para huir de tu imaginacion, se ha vengado ya de tu olvido por medio de la calumnia: toda se ha cambiado para tí, esteriormente, como en el interior. El desden de las mugeres te dá bien á entender que te han deshonrado, y en medio de todo esto, es preciso mostrar la frente tranquila, la alegria en las palabras y la sonrisa en los labios!

Isa. (*turbada y poniéndose enfrente de la marquesa.*) Carlota, tu sonrisa es cruel, tus ojos están cubiertos de lágrimas! Esa muger que sufre, ese hombre desdeñado de la que amaba, de la que acaso ama todavia... sí, todo lo he adivinado! Esa muger eres tú! Ese hombre es él! Es Alberto de Montigny! Y yo, yo he sido engañada por entrambos!

Mar. (*con viveza.*) Oh! no, no lo creas.

Isa. (*con mucha viveza.*) Esta mañana estaba mi corazon loco de contento; me parecia que emancipada ya pa-

ra lo sucesivo, respiraba con mas libertad. las gentes, los placeres, su amor, tu amistad, todos los bienes de la tierra se presentaban delante de mí, y mi felicidad se aumentaba aun con la tuya propia. No han pasado algunas horas, y he visto al interés alterar esta soberbia mansion, y comprometer el nombre ilustre de tu esposo; cuando tú, tú misma comprometes en un amor insensato el reposo de toda tu vida: yo he visto tu existencia tan envidiada, amenazada por las sospechas de un marido justamente celoso, y á la amargura devorar tus brillantes dias. Alberto! El es, si! Ahora se me representa bajo un nuevo aspecto: tiemblo de examinar mi corazon; no puedo creer en su amor, temo hasta de tu amistad.

Mar. No, no temas nada, Isabel: si tú no gozases de todo su amor, correrian asi mis lágrimas? Y si tú no poseyeses toda mi amistad, las derramaria en tu presencia?

Isa. Ven, ven, Carlota, á verterlas en el corazon de una amiga.

Mar. (*dolorosamente.*) Alguien viene: oculta tus lágrimas y tus temores: es el primer deber que el mundo nos impone.

ESCENA IX.

Dichas, la señora Monistrol.

Mon. (*corriendo por el fondo.*) El notario! El notario que atraviesa por el patio con unos papeles en la mano!

Isa. (*haciendo un movimiento.*) Ah!

Mon. Un notario con una escritura hace un efecto... En fin, vais á ser la condesa de Montigny! Ya está concluido; ahora puedo decir que he tenido muchísimo miedo, por vos, de otro casamiento. Es preciso perdonar á una madre, que veia toda la violencia del desgraciado amor que él os profesaba...

Isa. Qué decis? Una pasion desgraciada? Quién, y por quién?

Mon. El señor Leoncio por la señorita Isabel.

Isa. (*queriéndola hacer callar, pero turbada.*) No, no, eso no es verdad.

Marq. (*sonriéndose.*) Por ventura, puede una muger ser querida sin saberlo ella?

Mon. Con el señor Leoncio, que no hace nada como los demas hombres, bien puede no percibirlo; lo cierto es, que si la señorita Isabel no hubiese tenido la fortuna de encontrar á la señora marquesa, de ir á bailar á su casa, seria á estas horas la muger de un hombre que la ama como un frenético, es verdad, pero con el cual no hubiera dado lugar á que se hablase de ella nunca.

Isab. (*aparte, pensativa y alterada.*) Leoncio!

Marq. (*mirándola atentamente.*) Pero, por qué te alteras asi, Isabel, á la primera palabra de amor? Es preciso, cuando una está destinada á vivir en el mundo, acostumbrarse á oir estas cosas con indiferencia.

Mon. Era preciso haber visto á ese jóven. Un dia estaba desesperado, yo no sé por qué: al dia siguiente, una mirada un poco mas dulce, un gesto mas familiar, una palabra, una sonrisa, y ya se tenia por dichoso. Si yo os contase....

Marq. (*interrumpiéndola, riéndose.*) Ja, ja; basta, basta. Ciertamente, como iba diciendo, esas cosas se oyen siempre con indiferencia; sobre todo, cuando se vá una á casar con la persona que ama; pero vale mas no poner cerca del matrimonio ningun recuerdo de amor ni de pasion; son como los aparecidos del otro mundo, que no se cree ni se piensa en ellos mientras que están dos personas juntas; pero puede suceder que esté una abandonada y sola, y entonces se acuerda de ellos, vuelven á aparecer, y las apariciones son muy peligrosas! Mirad, Isabel está ya como espantada.

Isab. Querrás decir admirada?

Mon. Sin duda! Qué hubiera hecho esta pobre criatura, que gusta tanto de las gentes, si hubiese de haber pasado toda su vida sola, con un marido sério y grave?... (*riéndose.*) Y sin embargo, hay muchas asi, que no conocen ni las diversiones, ni el bullicio ni los placeres, que se aman buenamente, y que se tienen por dichosas. Pobres gentes!

Isab. (*con viveza.*) Y tal vez tienen razon!

Marq. Qué dices?

Isab. (*reflexionando.*) Nada; pero comprendes tú, Carlota? A él le fuí á confiar ayer mis ideas, mi proyecto de casarme con otro. (*conmovida.*) Y su turbacion no me decia nada, y fué él el que me decidió, el que obligó á su madre á consentir....

Marq. Ahora es preciso olvidar esas ideas.

Un criado (*anunciando.*) el señor Leoncio de Courtenay. (*las tres mugeres hacen un movimiento.*)

ESCENA X.

Isabel, Leoncio, *la* Marquesa, *la* señora Monistrol.

Leonc. (*profundamente triste, saluda á Isabel sin decir nada: á la marquesa.*) Perdonad, señora, si me he anticipado á mi madre; deseaba volver á ver á ustedes por un instante. La señorita de Monville ha sido por espacio de muchos años la compañera de nuestra soledad, y era preciso que la diera el último adios.

Marq. Ah! Sí; os marchais?

Leonc. Esta misma noche, luego que se firme el contrato matrimonial, parto con mi madre.

Isab. Cómo?

Leonc. Ha creido que su casa, animada tanto tiempo por la alegria de una jóven, á quien amaba como á hija, se la haria demasiado triste ahora, que sola...

Mon. Y aun entonces no estaba muy alegre: el Maré! Pero es un barrio á donde gustan retirarse los viejos; dicen que alli se vive muchos años.

Leonc. Bien se puede morir tambien de jóven.

Isab. Oh! qué decis?

Marq. Hareis muy bien, señor de Courtenay, en viajar por algun tiempo: luego volvereis á encontrar las amistades que os esperan aqui: ademas, teneis pasion por el estudio, mucho talento... (*la señora Monistrol va á colocarse lentamente á la derecha del actor.*)

Leonc. (*sonriendo amargamente.*) Qué importa todo eso? Isabel, en vuestro cuarto hay un retrato de mi madre, pintado por vuestra mano, y desearia quedarme con él: me permitireis....

Isab. Si vos lo deseais!...

Leonc. Se os devolverá, si no.

Isab. Oh! (*signo negativo.*)

Leonc. (*volviendo á tomar un tono alegre.*) Tambien quiero suplicaros de parte de mi madre, que acepteis esta última muestra de su memoria. (*saca del bolsillo una cajita que le presenta: Isabel apenas se mueve: la señora Monistrol toma la caja y la abre.*)

Mon. (*gozosa.*) Diamantes! Soberbios diamantes!

Isab. (*cogiéndolos y tratando de devolvérselos á Leoncio.*) Oh! no; de ninguna manera! (*Leoncio rehusa volverlos á recibir: la señora Monistrol se los quita á Isabel de la mano.*)

Leonc. (*en tono festivo, pero forzado.*) Eso corresponde á mi madre; y yo, no obstante, os ruego tambien que los acepteis: deseo, os lo confieso, que haya en-

tre vuestras joyas alguna cosa que en medio de las fiestas y diversiones, recuerde á vuestra idea la mansion apacible, en donde (*un poco conmovido*) tan querida habeis sido. Sí; que aquellos que os echan de menos con tan gran sentimiento, no se borren enteramente de vuestro corazon, ni aun en los dias de placer y gusto, en que todo conspirará para que los echeis en olvido.

Isab. Ah! jamás; no necesito que nada me lo recuerde.

Mon. Es preciso confesar que estos diamantes son de mucho valor!

Isab. Cómo?

Leonc. No os inquieteis: esos diamantes son los de mi madre; habian de ser siempre para vos. (*Isabel hace un movimiento.*) Y ahora no los rehuseis: que sean una prenda de perdon.

Isab. (*con viveza.*) De perdon?

Leonc. Para mi... que necesito me perdoneis.

Isab. (*admirada.*) Yo perdonaros?... Y de qué?...

Leonc. (*procurando mostrarse contento.*) Cuando se pasan tantos dias como nosotros hemos pasado juntos... no puede menos de haber aquellas confianzas familiares, en las cuales se escapan mútuamente hasta los pensamientos mas ligeros y los mas ocultos secretos.

Isab. (*con viveza.*) Ah! En la casa de vuestra madre no he visto mas que virtud, felicidad!

Leonc. (*tristemente.*) No... aquella mension fué harto melancólica, harto severa... para la dulzura y amabilidad á que estábais acostumbrada: habeis sufrido allí... y este es mi mayor sentimiento.

Isab. Os engañais!

Leonc. Y yo! Una incertidumbre cruel, temores.... ah! demasiado fundados... me hacian aparecer desigual, inquieto, agreste... Yo atemorizaba vuestra alma delicada, con una austeridad aparente. Perdonadme, sí: yo llenaba de tristeza vuestros dias, que hubiera debido llenar de felicidad, y ahora compraria á costa de lo que me queda de vida, uno de aquellos dias en que podia esperar aun, y en que la felicidad no habia llegado á ser imposible para mí... (*apasionado.*) Lo veia! Lo entendia! (*volviendo en sí y cambiando de tono.*) Pero... no... no... no siento nada, Isabel. (*le presenta la mano.*) Mi querida hermana... vos sois dichosa.... y yo... yo no me quejo, no me puedo quejar.

Marq. (*ap.*) Cómo la ama!

Isab. (*á sí misma.*) Oh, Dios mio!

ESCENA XI.

Señora Monistrol, Alberto, Isabel, Leoncio, *la* Marquesa, *el* Marqués.

Marques. Vamos, venid, señoras; el concierto da principio, el notario ha llegado, y Alberto se impacienta.

Alb. (*que ha notado que todos los personages estan conmovidos, sobre todo Isabel, la dice acercándose á ella.*) Qué turbacion! Qué conmocion!

Marques. La costumbre, amigo mio; jamás se hace una boda sin eso.

Alb. Sí, y esa tristeza de la novia, que la hace aparecer como una víctima, pone al marido en ridículo.

Mon. Una víctima... gran Dios!... Y por cierto que es digna de lástima! Verse condenada á ser feliz por fuerza y perpétuamente!

Marq. (*en tono irónico.*) Cómo pues? Temblar porque se van á contraer obligaciones para toda la vida!

Alb. Oh! Por Dios, nada de reflexiones! No se debe mirar la felicidad tan de cerca! Venid, pues.... (*va á tomar de la mano á Isabel.*)

Isab. Yo quiero... debo... este casamiento es preciso deshacerle, (*mira á la Marquesa, el Marqués sorprende esta mirada: Alberto, que tiene de la mano á Isabel, hace un movimiento violento, y la echa una mirada que la atemoriza: vuelve esta sobre sí, y dice:*) ó retardarle al menos.

Alb. (*furioso, mirando á Leoncio.*) Retardarle!

Léonc. Oh cielo!

Marq. (*turbada y pasando al lado de Isabel.*) Cómo?

Marques. (*colérico á la Marquesa.*) Qué teneis, señora?

Isab. (*temblando.*) Es preciso... yo quisiera hablar...

Alb. (*en tono amenazador.*) A quién?

Isab. (*como recobrándose.*) A la señora de Courtenay; lo que he sabido...

Marques. (*inquieto y celoso.*) Qué habeis sabido?

Alb. (*por un lado, bajo á Isabel con furor.*) El casamiento al instante... Su vida me responderá sino. (*señala á Leoncio.*)

Marq. (*por el otro lado, bajo á Isabel, angustiada.*) Tú me quieres perder?... Mi marido nos está mirando.

Isab. (*dá un paso, se detiene, duda, parece que va á tomar una resolucion, y dice.*) Oh, mi Dios!...

ESCENA XII.

La señora Monistrol, Alberto, Isabel, *la* Marquesa, Leoncio, Dambleville, *el* Marqués.

Damb. (*un poco agitado, entrando por el fondo.*) La señora de Courtenay no puede venir, y ruega á ustedes que no la esperen.

Leonc. (*con viveza.*) Mi madre! Qué le ha sucedido?

Damb. Está mala.

Leonc. (*con viveza.*) Cielos!... Estaba ya indispuesta... Ah! Vamos corriendo....

Damb. No hay que asustarse.... mas quiere veros.... al instante. (*á los demas, con un gesto que dá á entender que está muy mala.*) Nos permitis?

Isab. (*dolorosamente.*) Señor Leoncio!

Leonc. (*próximo á salir.*) Ah! Quereis hablar... y yo quiero, debo oiros! Permanecer aqui cerca de vos, y mi madre me espera... Lágrimas... ó mi Dios!... Dios mio!... Isabel llora, y mi madre se está muriendo.... perdon... perdon... debo partir... adios.

Marq. Señor de Courtenay!...

Leonc. Mi madre no tiene en este mundo mas consuelo que á mí!

Isab. Y yo no tengo á nadie!

Marq. Qué es lo que he hecho!

Marques. Vamos á firmar el contrato. (*todo el mundo se encamina hácia el fondo.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

La señora de Courtenay, Leoncio; *la señora de Courtenay está sentada á la mesa de la derecha, con un libro en la mano, que no lee: y Leoncio á la de la izquierda en ademan de escribir, mas no escribiendo.*

Leonc. (*ap., señalando el lugar que ocupaba Isabel en el primer acto.*) Allí estaba! Allí se sentaba siempre!

Court. (*despues de haberle mirado.*) Nadie! Nadie para distraerle!

Leonc. (*despues de un momento de silencio, como hablando consigo mismo, dice amargamente.*) Cuán loca

es la juventud! Cómo se precipita el corazon en ella, y vuela en pos de una felicidad inesplicable, que se busca siempre y nunca se encuentra! A veces se cree que es la gloria! Ya se imagina que es el amor! Y nada! Nada real y positivo en esta vida!

Court. No está todo ahi, Leoncio?

Leonc. (*volviendo en si.*) (Mi madre! ¡Ocultémosla nuestro dolor.) Madre mia! (*levantándose.*)

Court. (*levantándose.*) Leoncio!

Leonc. Dos dias hace que me he condenado á un profundo silencio!

Court. No me he atrevido á pronunciar su nombre!

Leonc. (*con viveza.*) Ahora no temais decírmelo todo. Qué sabeis de ella? Qué os han dicho?

Court. (*tristemente.*) Nada he sabido de ella.

Leonc. Oh mi Dios!

Court. Solamente venian de su parte...

Leonc. Venian de su parte, decis? Y quién, pues? Qué decian, qué hace? Dónde está? Se ha casado? Hablad, hablad, madre mia.

Court. (*riéndose un poco de la vivacidad de su hijo.*) Me haces tantas preguntas á un tiempo, que seria imposible contestar á ellas, si no estuviese todo dicho en una palabra... no sé nada... pero he aqui al doctor, que tal vez nos podrá decir...

ESCENA II.

La señora de Courtenay, Dambleville, Leoncio.

Leonc. Hablad, doctor.

Court. Qué sabeis?

Damb. Qué sé?

Leonc. Qué hace Isabel?

Damb. Ah!

Leonc. Oh! Vos lo ignorais sin duda, puesto que despues de dos dias que estais de centinela en casa de la señora de Trenewil, no habeis oido hablar de ella....

Damb. Cómo de mis doscientos mil francos! Porque habeis de saber, amigo mio, que se han burlado de nosotros... Gribelet no dice una sola palabra, y al cabo vos sois el único que sabe el secreto para arrancarle alguna cosa. Asi, venia á pediros ausilio. En cuanto al señor Alberto, no se le puede hallar, y yo me temo mucho que con mi dinero suceda lo mismo.

Leonc. No estoy yo aqui, doctor?

Damb. Sí, pero un solo pensamiento os ocupa.

Leonc. Sí; soy desgraciado; pero no quiero ser del número de aquellos, á quienes la adversidad encuentra sin fuerzas para vencerla, ni ánimo para arrostrarla!.. Hablad, amigo mio, que aqui me teneis pronto á serviros.

Damb. Pues bien, sí, Leoncio... un servicio, y que sea pronto... Id á casa de Gribelet... sacadle, si es posible, todos los papeles concernientes á este negocio, todos sin escepcion... y nos salvamos...

Leonc. Sí; voy allá, amigo mio: yo sé un medio seguro para sacar partido de ese sugeto, y es preciso que el señor de Trenewil y Alberto mismo lleguen á desengañarse de lo mal que han hecho en depositar en él su confianza: ès preciso que respondan entrambos de vuestro dinero antes de mi partida; podeis estar tranquilo. (*sale por el fondo.*)

ESCENA III.

La señora de Courtenay, Dambleville.

Damb. Se marchó? Le he echado de aqui á propósito, á fin de hablaros de él y de la señorita Monville; aun no está casada.

Cour. Cómo lo habeis sabido?

Damb. Me ha enviado á llamar esta mañana...

Court. Isabel está mala?

Damb. No: os quiere ver.

Court. Verme?

Damb. Sí... pero vacilaba...

Court. Por qué?

Damb. Yo creo haber adivinado lo que ella no se atrevió á decir... Los sentimientos del señor Leoncio respecto de ella no le son ya desconocidos.

Court. Y teme volver á ver al que ha hecho tan desgraciado?

Damb. Pero diciéndola que vuestro hijo estaba ausente, la he determinado á hacer lo mismo que estaba deseando con ahinco. Por eso he alejado de aqui al señor Leoncio: por otra parte, si en efecto se ha perdido para él sin remedio, mejor es que no la vuelva á ver.

Court. Ella vá á venir!.... Dios mio!.... pero yo tambien... yo conozco que esta entrevista...

Damb. No hay que agitarse; estais mala aun, y débil... y yo oigo ya á esa amable criatura... ella es! Hela aqui.

ESCENA IV.

La señora Monistrol, la señora de Courtenay, Isabel, Dambleville.

Court. (*jovial.*) Sí, sí... ella es!...

Isab. (*con tristeza y temor, tomando la mano á la señora de Courtenay é inclinándose.*) Ah! Cuanto me debeis aborrecer!

Court. Yo aborreceros! A vos, á quien he elegido por hija!... Ah! En mi casa, Isabel, jamás se hará otra cosa mas que echaros de menos con sentimiento, y amaros!

Isab. Yo tenia necesidad de volveros á ver! De volverme á hallar aqui! De oir de vuestra boca que me perdonais!

Court. Seis años ha, Isabel, que no hago mas que pedir al cielo por la tierna jóven que hacia las delicias de esta casa! Oh! Que Dios la proteja aun en medio de los riesgos y peligros del mundo, que ella se ha buscado, y de las pruebas de la difícil senda en que ha puesto el pie!

Damb. Mas difícil tal vez de lo que os podeis imaginar.

Court. Cómo?

Damb. Ahora veo todo cuanto pasa.

Isab. Qué veis?

Damb. Veo... que un jóven con figura agradable, con dinero necia y locamente gastado, un desafio dichoso, un poco de talento, mucha osadia, y sobre todo, algunas locuras, llega á conseguir que las gentes hablen de él; las ocupa, y esto basta para ser de moda! Las mujeres de mas talento caen en el lazo! Pero pasa la moda, y no les queda mas que un fátuo que las fastidia, ó un intrigante que desprecian! Y yo me temo que la señorita de Monville no se halle en este caso.

Isab. (*con movimiento de asombro.*) Doctor!...

Mon. El señor os engaña, y es muy mal hecho sembrar sospechas en el ánimo de esta tierna criatura, para aguar su felicidad el dia mismo de su matrimonio.... porque esta noche...

Damb. (*como con prisa de salir.*) Esta noche! Y no he podido aun salir de mis dudas!

Mon. Habiendo sabido que la señora de Courtenay estaba mejor, la señorita de Monville ha venido á suplicarla de parte de la señora marquesa, que tenga la bondad de concurrir á la ceremonia, y tenemos que volver á casa al instante.

DAMB. Todavia no! La señora está débil, y padece mucho... Esta entrevista la ha causado grande conmocion, y necesita algunos momentos de quietud... y la señorita de Monville permanecerá á su lado! Mientras tanto daré yo un paso importante, y buscaré al señor Leoncio, que sin duda habrá obtenido papeles... que podrian hacer muy bien variar las cosas de aspecto.

ISAB. Cómo?

DAMB. Sí, sí!... tengamos esos papeles, y podrá muy bien suceder á ese señorito, que siempre está de cháchara, algun lance sério. A mi vuelta solo se sabrá si la señora de Courtenay puede salir; hasta entonces debe tener reposo.

COURT. Obedezco, querido doctor.

ISAB. Oh! Venid, apoyaos en mí. (*la señora de Courtenay, apoyada en Isabel, sale por la puerta de la izquierda; Dambleville por el fondo.*)

ESCENA V.

LA SEÑORA MONISTROL, *sola.*

Por vida mia, que no parece sí no que hay gentes, que conspiran para impedir que se casen las solteras! Siempre con sus condicionales y peros. Si se hubiese de escuchar á todos, no habria matrimonio posible en el mundo.

ESCENA VI.

LA SEÑORA MONISTROL, ISABEL, *entrando por la puerta de la izquierda.*

ISAB. Volveos á casa, que estarán con cuidado. La señora de Courtenay ha pedido que la dejen reposar por media hora. Yo la quiero esperar. Id, pues, señora Monistrol, á decir á Carlota, que no se impaciente por mi tardanza.

MON. No será ella sola en impacientarse; pero vuestra intencion es, sin duda, que yo procure tranquilizar á todo el mundo.

ISAB. A quien gusteis.

MON. Voy. (*ap.*) El señor Alberto no haria mal en venir aqui. (*sale por el fondo.*)

ESCENA VII.

ISABEL, *sola.*

Apenas puedo creer que no hayan pasado mas que dos dias solamente desde que dejé esta mansion!... No bien he visto el mundo, que tanto lo habia deseado, y ya le he cobrado miedo!... Ya empiezo á adivinar sus placeres! No es la amistad la que reune las gentes en las fiestas y diversiones... el interés, la vanidad, la malignidad las juntan... ó bien tratan de probar, si el fastidio en comun será una carga menos pesada y mas llevadera... De dos dias á esta parte, ni un momento de soledad y quietud! Siempre gentes y nunca felicidad. Ah! La agitacion no es la alegria; es el bullicio en torno de la tristeza; la tristeza! Y aqui, en el lugar en que ahora me encuentro, he deseado, he querido y he exigido estos placeres y este enlace! Hé aqui mi dibujo empezado... mi bordado... todo está como antes... Y yo tan cambiada!... Carlota apresurando mi casamiento para librarse de una pasion criminal... Alberto tan insustancial y tan alegre!... El señor de Trenewil tan rico y tan gran señor; y uno y otro metidos en negocios desagradables, por la codicia!... Y papeles que pueden perder al señor de Montigny!... Ah! Yo no lo debo tolerar! Sin embargo, amenazas cuando yo titubeaba... la vida de Leoncio, me dijo Alberto... la vida de su amigo... y aquella mano tan diestra... sus duelos tan afortunados! Oh mi Dios! En este mundo sin piedad, todo es falso. La amistad, los placeres, el amor!... Desechemos estas ideas (*rejistra la mesa como para distraerse, toma un libro, le abre, y le deja. Abre un album.*) Letra de Leoncio! Mi nombre! (*lee.*) «Hace seis años que Isabel introdujo la »felicidad y la vida en mi alma, insensible á todo. »Despues he ido alimentando en el retiro una de aque»llas afecciones que el mundo no conoce. Ayer dí á »otro, al que ella ama, el único bien que hay para mí »en la tierra, la mano de Isabel. Que sea feliz! Que »oiga el cielo á la menos este voto!» Ah! (*deja caer el libro sobre la mesa y habla en el proscenio.*) Ah! Leoncio! Cómo he podido arrojar lejos de mí el tesoro de vuestro cariño, tan puro y respetuoso! Aqui todo era verdad, la alegria, la amistad... (*vacila.*) el amor! Alguien viene... Ah! El es!... Trae unos papeles! Sin duda los pertenecientes á Alberto.

ESCENA VIII.

ISABEL, LEONCIO.

LEONC. (*entrando.*) Aun está aqui!.... (*pone sobre la mesa de la izquierda los papeles que trae.*)

ISAB. No debiamos volver á vernos!...

LEONC. Y vos... veniais...

ISAB. Bien sabeis qué pensamientos, qué recuerdos me deben asaltar en esta casa.

LEONC. Ah! Para mí... estos recuerdos de una felicidad pasada, y los sentimientos de una desdicha presente, me encantan y me aterran! Para qué traerlos á la memoria? Para qué permanecer en este sitio? Me queriais ver... hablar?...

ISAB. (*con timidez.*) Sí; quisiera...

LEONC. Oh! Poneos alli, como otras veces, Isabel. (*la hace sentar á la izquierda, y asi se encuentra él á la derecha.*)

ISAB. (*sentándose.*) Sí, como otras veces.

LEONC. Pero entonces no estabais pálida y melancólica como ahora.

ISAB. Entonces... estaba ignorante de lo que pasaba en el mundo.

LEONC. Ahora estais en el seno de los placeres.

ISAB. (*con tristeza.*) Y si no hubiese encontrado en ellos nada que equivaliese á mi dulce ignorancia?

LEONC. (*admirado.*) Qué! El ruido que se mete, el brillo que se adquiere en los salones!...

ISAB. Ah! Para brillar alli, seria necesario aprender demasiado tal vez!

LEONC. Apenas habreis conocido mal aquella vida disipada, aquel aturdimiento de la sociedad!

ISAB. (*levantándose.*) Y si un rayo de luz me hubiese hecho descubrir de un golpe la falsedad de los semblantes que me fascinaban? Si hubiese visto oculto bajo las galas y los adornos, el dolor inquieto y agitado de las mugeres del mundo? Si hubiese aprendido que tocando en el corazon de la primera que encontrase, brotarian de él al instante lágrimas y quejidos?... Si todo esto me hubiese aterrado...

LEON. Ah! Habeis sido entonces muy desgraciada?

ISA. (*enjugándose una lágrima.*) Sí!..

LEON. (*con viveza y cierto movimiento de gozo.*) Llorais!.. Qué os ha sucedido? Echareis de menos á aquellos lugares? Temeriais aun apartaros de ellos? Qué hay que hacer?... Dios mio! Tú sabes cuanto hubiera yo dado porque las amarguras de la vida la fuesen desconocidas! Cómo habia de ser insensible á sus lágrimas? Ah! Disponed de mi, Isabel. Qué quereis? Mi vida es vuestra ahora, hablad.

Isa. Noble Leoncio!.. Yo no sé por qué estas lágrimas... esta turbacion...

Leon. Hablad sin temor!.. Hablad á un amigo... Teneis alguna cosa que pedirme?

Isa. Ah! Vos me haceis pensar en eso... el doctor Dambleville...

Leon. Qué?

Isa. Hablaba de unos papeles..... puestos en vuestras manos...

Leon. (*admirado.*) Ah! si: papeles?.. Ahora me acuerdo!.. Con vuestra presencia los habia olvidado!... Se refieren á Alberto, y pueden muy bien cambiar el aspecto de las cosas; porque aunque Alberto sea mas aturdido que culpable, las confidencias que en ellos aparecen, le ponen en manos del que los tiene en las suyas, y le perderian á los ojos del mundo.

Isa. Perderle?

Leon. Qué teneis?

Isa. Si yo os dijese: dadme esos papeles, Leoncio, nadie los debe ver, y hasta vos mismo debeis olvidar que los habeis leido?

Leon. Cómo? Quereis vos estos papeles? Y acaso me habeis esperado para esto?..

Isa. (*ap., dolorosamente.*) Cuánto se engaña!

Leon. (*con viveza.*) Ah! que ideas, que loca esperanza habia pasado por mi imaginacion! Dios mio! Ella tiembla, se estremece por él solo.

Isa. (*ap. con dolor.*) Si no me comprende, qué será de mi?

Leon. (*arrebatado y entregándole los papeles.*) Ah! tomad... tomad! Que no quede nada que pueda impedir vuestro casamiento! Nada que pueda menoscabar vuestra felicidad! El no tiene culpas, no tiene defectos! Vos le amais! Id, y buscadle... no os aparteis de él jamás.

Isa. (*dolorosamente y muy agitada.*) Ah! El cielo me castiga por haberle desconocido! No quiere, no acaba de entenderme!

ESCENA IX.

Isabel, La Marquesa, Alberto, Leoncio.

Criado. (*anunciando.*) La señora marquesa de Trenewil, el señor Alberto de Montigny.

Mar. La señora Monistrol me acaba de pedir que viniese prontamente con el señor Alberto.

Leon. Ah!

Alb. Y he venido sin pérdida de tiempo.

Mar. (*á Isabel.*) Y yo tambien deseaba verte. (*la toma la mano.*) Tengo ansia de saber que eres dichosa.

Alb. Y á mi me corria prisa el daros una buena noticia.

Leon. Vuestra felicidad.

Alb. Vais á participar de mi júbilo!... Y hoy es estremado y sincero! La alegría me debia dar por cierto alguna cosa, por haberla conservado aun en los dias de la desdicha.

Isa. (Ah!)

Alb. Ahora ya lo puedo decir; he tenido momentos bien apurados!... Qué queriais que hiciera un pobre muchacho, enviado por su familia á Paris, con mas consejos que billetes de banco, á quien no tardó en trastornársele la cabeza en medio de tantos opulentos, y de todos los intrigantes enriquecidos, que manejan aqui el oro á manos llenas?.. Mas valor se necesita para vivir pobre en Paris, que para dejarse matar en cualquiera otra parte; y el que puede pasar aqui la vida sin dinero y sin bajezas, tiene mas virtud él solo, que todos los siete sabios de Grecia.

Isa. (*con cierta especie de desden muy ligera.*) De veras?

Alb. Mas en fin, el cielo que no me habia dado una gran dósis de prudencia, me envia en cambio la fortuna.

Mar. El tio, de quien el señor nos solia hablar con tanta frecuencia, ha muerto; el señor de Montigny es su heredero, y cuenta ya con mas de setenta mil libras de renta!

Isa. (*gozosa.*) Bien dichoso sois por cierto!

Alb. En ofrecer mi fortuna á la que habia tenido la complacencia de admitirme sin nada de esto.

Isa. Ah! (*mira atentamente á Leoncio, que permanece tranquilo, pero triste.*)

Alb. Y muy dispuesto á gozar el bien que el cielo me envia, y con que no contaba... (*á Leoncio.*) Ya se deja entender, que renuncio á los negocios: asi, Leoncio, nada de temores ni miedos.

Leon. (*con un aire forzado.*) Nada alterará su felicidad.

Isa. (*ap., mirando á Leoncio.*) Cómo sufre!

Alb. (*riendo.*) Buen miedo le he metido al doctor Dambleville; pero no solo no perderá nada, sino que ganará mucho; le tomaré por mi médico... y procuraré no estar malo nunca.

Criado. (*anunciando.*) El señor marqués de Trenewil, el señor doctor Dambleville.

ESCENA X.

El Marques, Dambleville, Alberto, Isabel, Leoncio, la Marquesa.

Dam. (*despues de haber saludado.*) Sí, señor marqués: todo lo relativo á este negocio se ha entregado al señor Leoncio; hay cartas de mucha importancia, segun dice Gribelet.

Alb. (Cartas?)

Marques. Vamos á examinarlas, y todo se aclarará. (*abrese la puerta de la izquierda: entra la señora de Courtenay apoyada en la señora Monistrol.*)

Cour. Tengo el honor de saludar á la señora marquesa, y de suplicarla me dispense: las agitaciones de estos últimos dias me han quitado las pocas fuerzas...

Mar. Sentaos, señora.

Isa. (Y soy yo!...)

(La marquesa hace sentar á la señora de Courtenay á la izquierda, y las personas se hallan colocadas de la manera siguiente: el Marqués, Dambleville, Alberto, Isabel, Leoncio, la señora de Courtenay, sentada; la señora Monistrol.)

Cour. Eran mis dos hijos, señora: mi hija me deja... (*á media voz.*) y mirad á mi hijo!

Dam. Permitis, señoras, que antes de pensar en ninguna otra cosa, se enteren todos de unos papeles de mucha importancia entregados al señor Leoncio? Esto no admite dilacion.

Mar. Sí, y yo espero...

Alb. (*con inquietud.*) Qué papeles?

Isa. (*que los tiene en la mano enseñándoselos.*) Estos sin duda.

Alb. (*haciendo un movimiento, ap.*) Cielos! Infame Gribelet!

Dam. (*á Isabel.*) Ah! sois vos la que los tiene? Sabreis, pues, su contenido.

Isa. Yo no los he leido; nadie sabe aqui lo que encierran, escepto el señor Leoncio... A él, á él solo se debe acudir.

Leon. (*haciendo un movimiento.*) A mi?

Isa. Vos los conoceis todos bastante bien, para creerlo

asi! Señor de Courtenay, hablad; se han de quemar ó se han de leer? (*bajo entregándoselos.*) La suerte del señor de Montigny está en vuestras manos.

MAR. (El, que está tan enamorado!)

ALB. (Soy perdido!)

LEON. (*tomando lentamente los papeles con la mano derecha, pasándolos á la izquierda y arrojándolos al fuego que está á su izquierda á la espalda.*) La lectura de estos papeles es ahora inútil, y no contenian nada que pudiese comprometer el honor del señor de Montigny; yo doy fé de ello.

ALB. (*haciendo un movimiento, ap.*) Ah! Buen amigo!

ISA. (Corazon generoso!)

MAR. Pero, señor de Courtenay...

LEON. La sospecha no puede llegar á vos, señor marqués.

DAM. Y mis doscientos mil francos?

LEON. Vuestro dinero, doctor, no corre ningun riesgo.

DAM. Bah!

ALB. (*jovial.*) Lo dudabais acáso?

DAM. Pues no? Aun no las tengo todas conmigo.

ISA. (*muy agitada y alegre.*) Es que aun no lo sabeis todo, doctor; todavia ignorais que el señor de Montigny acaba de hacerse rico, muy rico. Ha heredado una fortuna inmensa, y me ofrece...

ALB. Una gran casa construida espresamente para dar funciones, y una posesion magnífica.

ISA. (*gozosa.*) Sí; todas las ventajas de la opulencia, todos los placeres del mundo, todos los disfruta.

DAM. Leoncio nada tiene!

LEON. Yo trabajaré.

ISA. (*trasportada.*) Si, el trabajo, el retiro... Oh mi Dios, yo te doy gracias! Asi sabrá que le amo.

LEON. Cielos!

ISA. (*á la señora de Courtenay.*) Puedo esperar, señora, que recobraré de nuevo vuestra amistad y el amor de Leoncio?

LEON. (*trasportado.*) Será cierta tanta ventura?

ISA. (*yendo á ponerse de rodillas delante de la señora de Courtenay.*) Oh madre mia, perdonadme!

COUR. Hija mia!

ALB. (*disgustado.*) Bien, pero... permitid...

DAM. (*cogiéndole del brazo.*) Le habia dado su fortuna, para asegurar el matimonio de la señorita Monville.

ALB. Con su rival? (*con alegria y como que ha tomado su partido.*) Ah! A fé que si no era feliz...

DAM. La felicidad hubiera sido injusta; no es esto?

ALB. Y eso no debe ser. Asi, esta vez seré yo el que parta para Italia.

DAM. (*sonriéndose.*) Y yo estoy tranquilo, pues seguramente no os tirareis al Tiber.

ALB. (*riendo.*) Diablo! No estaria alli Leoncio para salvarme!

MAR. Bien, señor de Montigny! (*dándole la mano.*)

MON. Qué lástima! No ser siquiera baronesa...

ISA. Pero seré feliz.

FIN.

Gobierno de la provincia de Madrid.=Madrid 9 de agosto de 1852.=*Examinada por el Sr. Censor de turno, y de conformidad con su dictámen, puede representarse.*=El Vice-presidente del Consejo Provincial, Gobernador interino, Tomás Torresano.

NOTA. Esta comedia perteneció al Editor *del teatro moderno español* DON IGNACIO BOIX, quien la cedió por medio de escritura pública al de la *Biblioteca dramática*; así es, que resultan dos ediciones, la primera en 8.° marquilla, y la segunda en 4.° mayor; hacemos esta aclaracion, para que de ningun modo se confundan estas comedias con algunos títulos que resultan iguales en la *Galeria dramática* de los Señores Delgado Hermanos, y porque aun cuando se vean dos ediciones, no se ignore que pertenecen á un mismo dueño.

MADRID, 1853.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, núm. 13.

...s cabezudos ó dos siglos des-nues, t. 1.	2	7
...Calumnia, t. 5.	3	6
...Castellana de Laval, t. 5.	2	9
...Cruz de Malta, t. 3.	2	8
...Cabeza á pájaros, t. 1.	2	5
...Cruz de Santiago ó el magne-tismo, t. 3. a. y p.	2	8
...s Contrastes, t. 1.	2	5
...conciencia sobre todo, t. 3.	2	4
...Cocinera casada, t. 1.	3	4
...s camaristas de la Reina, t. 1.	7	6
...Corona de Ferrara, t. 5.	3	7
...s Colegialas de Saint-Cyr, t 5	2	7
...cantinera, o. 1.	1	6
...Cruz de la torre blanca, o. 3.	1	5
...Conquista de Murcia por don Jaime de Aragon, o. 3.	2	11
...Calderona, o. 5.	3	8
...Condesa de Senecey, t. 3.	3	4
...Caza del Rey, t. 1.	2	6
...Capilla de San Magin. o. 3.	3	4
...Cadena del crimen, t. 5.	5	9
...Campanilla del diablo, t. 4 y p. Mágia.	5	13
...s celos, t. 3.	3	5
...s cartas del Conde-duque, t. 2	1	7
...cuenta del Zapatero, t. 1.	2	6
...Casa en rifa, t. 1.	2	3
...Doble caza, t. 1.	2	6
...dos Fóscaris, o. 5.	1	11
...dicha por un anillo, y mági-co rey de Lidia, o. 3. Mágia.	4	9
...s desposorios de Inés, o. 3.	3	3
...Dos cerrageros, t. 3.	2	22
...s dos hermanas, t. 2.	3	5
...s dos ladrones, t. 1.	1	3
...Dos rivales, o. 3.	2	9
...s desgracias de la dicha, t. 2.		
...Dos emperatrices, t. 3.	3	8
...s dos ángeles guardianes, t. 1.	1	3
...Dos maridos, t. 1.	3	3
...Dama en el guarda-ropa, o 1	2	4
...s dos condes, o. 3.	2	6
...esclava de su deber, o. 3.	2	3
...Fortuna en el trabajo, o. 3.	2	7
...s falsificadores, t. 3.	3	8
...feria de Ronda, o. 1	2	8
...Felicidad en la locura, t. 1	1	5
...Favorita, t. 4.	3	10
...Fineza en el querer, o. 5.	1	3
...s ferias de Madrid, o. 6 c.	9	14
...s Fueros de Cataluña, o. 4.	2	14
...guerra de las mugeres, t 10 c.	6	18
...Gaceta de los tribunales, t. 1.	3	4
...Gloria de la muger, o. 3.	2	4
...Hija de Cromwel, t. 1.	2	5
...Hija de un bandido, t. 1.	1	4
...Hija de mi tio, t. 2.	3	2
...Hermana del soldado, t. 5.	2	9
...Hermana del carretero, t. 5.	2	10
...s huérfanas de Amberes, t. 5	2	10
...hija del regente, t. 5.	3	13
...s hijas del Cid ó los infantes de Carrion, o. 3.	2	9
...Hija del prisionero, t. 5.	6	16
...Herencia de un trono, t 5.	2	11
...s hijos del tio Tronera, o. 1.	3	3
...Hijos de Pedro el grande, t. 5.	3	13
...honra de mi madre, t. 3.	3	5
...Hija del abogado, t. 2.	2	5
...Hora de centinela, t. 1.	2	8
...Herencia de un valiente, t. 2.	1	4
...s intrigas de una corte, t. 5.	4	7
...ilusion ministerial, o. 3.	3	9
...Joven y el zapatero, o. 1.	2	3
...Juventud del emperador Car-los V, t. 2.	2	5
...Jorobada, t. 1.	1	5
...Ley del embudo, o. 1.	4	4
...Limosna y el perdon, o. 1.	»	6
...Loca, t. 4.	3	4
...Loca, ó el castillo de las siete torres, t. 5.	2	11
...Muger eléctrica, t. 1.	2	3
...Modista alferez, t. 2.	3	6
...Mano de Dios, o. 3.	2	7
...Moza de meson, o. 3.	5	12
...Madre y el niño siguen bien. t. 1.	2	6
...Marquesa de Senelerre, t. 3.	3	3
...s malos consejos, ó en el pe-cado la penitencia, t. 3.	2	9
...a muger de un proscrito, t. 5.	3	6
...s mosqueteros de la reina, t. 3.	5	8
...a mano derecha y la mano iz-quierda, t. 4.	3	11

Los misterios de Paris, primera parte, t. 6 c.	6	14
Idem segunda parte, t. 5 c.	8	16
Los Mosqueteros, t. 6. c.	2	14
La marquesa de Savannes, t 3.	2	5
—Mendiga, t. 4.	6	8
—noche de S. Bartolomé de 1572, t. 5.	2	11
—Opera y el sermon, t. 2.	3	6
—Pomada prodigiosa, t. 1.	2	2
Los pecados capitales. Mágia, o 4	9	9
—Percances de un carlista, o. 1.	5	9
—Penitentes blancos, t. 2.	5	3
La paga de Navidad, zarz. o. 1.	5	13
—Penitencia en el pecado, t. 3.	3	6
—Posada de la Madona, t. 4. y p.	4	9
Lo primero es lo primero, t. 3.	2	5
La pupila y la péndola, t. 1.	2	6
—Protegida sin saberlo, t. 2.	1	6
Los pasteles de Maria Michon, t 2	1	7
—Prusianos en la Lorena, ó la honra de una madre, t. 5.	2	7
La Posada de Currillo, o. 1.	2	3
—Perla sevillana, o. 1.	3	3
—Primer escapatoria, t. 2.	2	4
—Prueba de amor fraternal, t 2	3	3
—Pena del talion ó venganza de un marido, o. 5.	3	5
—Quinta de Vernevil, t. 5.	4	10
—Quinta en venta, o. 5.	1	5
Lo que se tiene y lo que se pierde, t. 1.	3	4
Lo que está de Dios, t. 3.	3	6
La Reina Sibila, o. 3.	2	6
—Reina Margarita, t. 6 c.	7	17
—Rueda del coquetismo, o. 3.	2	4
—Roca encantada, o. 4.	2	6
Los reyes magros, o. 1.	5	8
La Rama de encina, t. 5.	2	10
—Saboyana ó la gracia de Dios, t. 4.	4	8
—Selva del diablo, t. 3.	1	15
—Serenata, t. 1.	3	5
—Sesentona y la colegiala, o. 1.	3	4
—Sombra de un amante, t. 1.	2	5
Los soldados del rey de Roma, t 2	2	7
—Templarios, ó la encomienda de Aviñon, t. 3.	1	14
La taza rota, t. 1.	2	3
—Tercera dama-duende, t. 3.	2	11
—Toca azul, t. 1.	3	7
Los Trabucaires, o. 5.	6	13
—Ultimos amores, t. 2.	3	2
La Vida por partida doble, t. 1.	5	3
—Viuda de 15 años, t. 1	3	2
—Victima de una vision, t. 1.	4	5
—Viva y la difunta, t. 1.	1	3
Mauricio ó la favorita, t. 2.	2	5
Mas vale tarde que nunca, t. 1.	2	4
Muerto civilmente, t. 1.	2	3
Memorias de dos jóvenes casadas, t. 1.	1	3
Mi vida por su dicha, t. 3.	3	5
Maria Juana, ó las consecuencias de un vicio, t. 5.	5	8
Martin y Bamboche ó los amigos de la infancia, t. 9 c.	4	12
Mateo el veterano, o. 2.	2	7
Marco Tempesta, t. 3.	2	5
Maria de Inglaterra, t. 3.	2	11
Margarita de York, t. 3.	3	11
Maria Remont, t. 3.	4	7
Mauricio, ó el médico generoso, t. 2.	3	4
Mali, ó la insurreccion, o. 5.	1	10
Monge Seglar, o. 5.	3	7
Miguel Angel, t. 3.	2	11
Megani, t. 2.	2	6
Maria Calderon, o. 4.	2	8
Mariana la vivandera, t. 3.	3	9
Misterios de bastidores, segunda parte, zarz. 1.	3	15
Música y versos, ó la casa de huéspedes, o. 1.	3	7
Mallorca cristiana, por don Jaime I de Aragon, o. 4.	1	12
Maruja, t. 1.	2	4
Ni ella es ella ni él es él, ó el capitan Mendoza. t. 2.	4	4
No ha de tocarse á la Reina, t. 3.	2	3
Nuestra Sra. de los Avismos, ó el castillo de Villemeuse, t. 5.	3	7
Nunca el crimen queda oculto á la justicia de Dios, t. 6. c.	4	8
Noche y dia de aventuras, ó los galanes duendes, o. 5.	4	11

No hay miel sin hiel, o. 5.	3	5
No mas comedias, o. 3.	3	5
No es oro cuanto reluce, o. 3.	3	7
No hay mal que por bien no venga, o. 1.	5	4
Ni por esas!! o. 3.	3	4
Ni tanto ni tan poco, t. 5.	4	4
Ojo y nariz!! o. 1.	1	3
Olimpia, ó las pasiones, o. 3.	2	8
Otra noche toledana, ó un caballero y una señora, t. 1.	1	1
Percances de la vida, t. 1.	2	4
Perder y ganar un trono, t. 1.	2	3
Paraguas y sombrillas, o. 1.	3	12
Perder el tiempo, o. 1.	2	4
Perder fortuna y privanza, o. 3.	2	5
Pobreza no es vileza, o. 4.	3	11
Pedro el negro, ó los bandidos de la Lorena, t. 5.	2	10
Por no escribirle las señas, t. 1.	3	3
Perder ganando ó la batalla de damas, t. 3.	2	3
Por tener un mismo nombre, o. 1	2	4
Por tenerle compasion, t. 1.	»	2
Por quinientos florines, t. 1.	5	4
Papeles, cartas y enredos, t 2.	2	5
Por ocultar un delito aparecer criminal, o. 2.	3	4
Percances matrimoniales, o. 3.	3	3
Por casarse! t. 1.	2	3
Pero Grullo, zarz. o. 2.	2	6
Por camino de hierro! o. 1.	3	7
Por amar perder un trono, o. 3.	3	6
Pecado y penitencia, t. 3.	3	4
Pablo Jones, ó el marino, t. 5.	2	8
Pérdida y hallazgo, o. 1.	1	2
Por un saludo! t. 1.	1	5
Quién será su padre? t. 2.	2	5
Quién reirá el último? t. 1.	1	1
Querer como no es costumbre, o 4.	3	5
Quien piensa mal, mal acierta, o. 3.	3	5
Quien á hierro mata... o. 1.	2	6
Reinar contra su gusto, t. 3.	2	4
Rabia de amor!! t. 1.	3	3
Roberto Hobart, ó el verdugo del rey, o. 3 a. y p.	3	6
Ruel, defensor de los derechos del pueblo, t. 5.	»	15
Ricardo el negociante, t. 3.	1	9
Recuerdos del dos de mayo, ó el ciego de Ceclavin, o. 1.	3	5
Rita la española, t. 4.	3	7
Ruy Lope-Dábalos, o. 3.	2	10
Ricardo y Carolina, o. 5.	2	10
Romanelli, ó por amar perder la honra, t. 4.	2	6
Si acabarán los enredos? o. 2.	3	4
Sin empleo y sin mujer, o. 1.	2	3
Santi bonili barati, o. 1.	2	4
Ser amada por si misma, t. 1.	1	3
Siliar y vencer, ó un dia en el Escorial, o. 1.	3	4
Sobresaltos y congojas, o. 5.	3	11
Seis cabezas en un sombrero, t. 1.	2	5
Tom-Pus, ò el marido confiado, t. 1.	3	7
Tanto por tanto, ó la capa roja, o. 1.	1	5
Trapisondas por bondad, t. 1.	3	5
Todos son raptos, zarz. o. 1.	3	3
Tia y sobrina, o. 1.	3	4
Vencer su eterna desdicha ó un caso de conciencia, t 5.	2	5
Valentina Valentona, o. 4.	2	7
Vicente de Paul, ó los huérfanos del puente de Nuestra Señora, t. 5. a. y p.	4	11
Un buen marido! t. 1.	1	3
Un cuarto con dos camas, t. 1.	»	2
Un Juan Lanas, t. 1.	2	8
Una cabeza de ministro, t. 1.	2	5
Una Noche á la intemperie, t. 1.	1	1
Un bravo como hay muchos, t. 1.	1	3
Un Diablillo con faldas, t. 1.	1	2
Un Pariente millonario, t. 2.	3	6
Un Avaro, t. 2.	2	4
Un Casamiento con la mano izquierda, t. 2.	2	6

Un padre para mi amigo, t. 2.	2	4
Una broma pesada, t. 2.	3	5
Un mosquetero de Luis XIII, t. 2.	2	5
Un dia de libertad, t. 3.	7	4
Uno de tantos bribones, t. 3.	9	5
Una cura por homeopatia, t. 3.	5	4
Un casamiento á son de caja, ò las dos vivanderas, t. 3.	3	8
Un error de ortografia, o. 1.	2	3
Una conspiracion, o. 1	1	5
Un casamiento por poder, o. 1.	3	3
Una actriz improvisada, o. 1.	2	3
Un tio como otro cualquiera, o. 1.	2	4
Un motin contra Esquilache, o. 3.	2	9
Un corazon maternal, t. 3.	2	5
Una noche en Venecia, o. 4.	2	12
Un viaje á América, t. 3.	2	8
Un hijo en busca de padre, t. 2.	5	5
Una estocada, t. 2.	2	6
Un matrimonio al vapor, o. 1.	2	4
Un soldado de Napoleon, t. 2.	3	4
Un casamiento provisional, t. 1.	3	4
Una audiencia secreta, t. 3.	2	9
Un quinto y un párbulo, t. 1.	2	3
Un mal padre, t. 3.	4	4
Un rival, t. 1.	1	4
Un marido por el amor de Dios t. 1.	2	3
Un amante aborrecido, t. 2.	2	5
Una intriga de modistas, t. 1.	8	»
Una mala noche pronto se pasa, t. 1.	2	1
Un imposible de amor, o. 3.	3	3
Una noche de enredos, o. 1.	2	3
Un marido duplicado, o. 1.	3	4
Una causa criminal, t. 3.	6	6
Una Reina y su favorito, t. 5.	3	16
Un rapto, t. 3.	1	11
Una encomienda, o. 2.	2	5
Una romántica, o. 1.	3	3
Un Angel en las boardillas, t. 1.	1	3
Un enlace desigual, o. 3.	4	5
Una dicha merecida, o. 1.	1	4
Una crisis ministerial, t. 1.	2	13
Una Noche de Máscaras, o. 3.	4	7
Un insulto personal ó los dos cobardes, o. 1.	2	4
Un desengaño á mi edad, o. 1.	2	4
Un Poeta, t. 1.	2	3
Un hombre de bien, t. 2.	6	6
Una deuda sagrada, t. 1.	1	4
Una preocupacion, o. 4.	3	6
Un embuste y una boda, zarz. o 2	3	5
Un tio en las Californias, t. 1.	2	3
Una tarde en Ocaña ó el reservado por fuerza, t. 3.	2	6
Un cambio de parentesco, o. 1.	3	2
Una sospecha, t. 1.	2	3
Un abuelo de cien años y otro de diez y seis, o. 1.		
Un héroe del Avapies (parodia de un hombre de Estado) o. 1.	2	6
Un Caballero y una señora, t. 1.	1	1
Una cadena, t. 5.	2	8
Una Noche deliciosa, t. 1.	»	2
Yo por vos y vos por otro! o. 3.	4	5
Ya no me caso, o. 1.	1	5

ADVERTENCIAS.

La primera casilla manifiesta las mugeres que cada comedia tiene, y la segunda los Hombres.

Las letras O y T que acompañan á cada titulo, significan si es original ó traducida.

En la presente lista están incluidas las comedias que pertenecieron á don Ignacio Boix y don Joaquin Merás, que en los repertorios Nueva Galeria y Museo Dramático se publicaron, cuya propiedad adquirió el señor Lalama.

Se venden *en Madrid*, en las librerias de PEREZ, calle de *las Carretas*; CUESTA *calle Mayor*.

En *Provincias*, en casa de sus *Corresponsales*.

MADRID: 185 .

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,

Calle del Duque de Alba, n. 13.



Continua la lista inserta en las páginas anteriores.

Andese usted con broma s, t. 1.	2	3
Bodas por ferro-carril, t. 1	2	3
Consecuencias de un peinado, t 3	4	8
Cuento de no acabar, t. 1.	2	2
Dos familias rivales, t. 3.	2	8
Don Ruperto Culebrin, comedia zarz., o. 2.	4	12

El diablo alcalde, o. 1.	1	4
El espantajo, t. 1.	2	2
El marido calavera, o. 3.	2	3
El camino mas corto, o. 1	2	2
El quince de mayo, zarz. o. 1.	3	5
Economías, t. 1.	4	3
El cuello de una camiso, o 2.	3	7
El biolon del diablo, o 1.	2	3
El amor por los balcones, zar. 1.	2	3
Fé, esperanza y Caridad, t. 3.	3	8
Hablar por boca de ganso, o. 1.		
Juan el cochero, t 6 c.	2	8

Los calzones de Trafalgar, t. 1.	2	2
La infanta Oriana, o. 3 magia.	3	15
La pluma azut, t. 1.	3	6
La batelera, zarz. 1.	1	2
La dama del oso, o. 3.	3	6
La rueca y el cañamazo, t. 2.	3	6
Los amantes de Rosario, o. 1.	1	2
Los votos de D. Trifon, o. 1.	2	3
La hija de su yerno, t. 1.	3	3
La cabaña de Tom, ó la esclavitud de los negros, o. 6 c.	3	15
La novia de encargo, o. 1.	2	3
La cámara roja, t. 3 a. y 1 pról.	2	10
La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.		
La suegra y el amigo, o. 3.	3	5
Luchas de amor y deber, o. 3.	2	8
Las obras del demonio, t. 3 y pr.	3	9
La maldicion ó la noche dsl crimen, t. 3 y pról.	4	5
La cabeza de Martin, t. 1.	2	4
Maria Rosa, t. 3 y pról.	3	10
Papeles cantan, o. 3.	3	4
Pedro el marino, t. 1.	2	3
Por un retrato, t. 1.	2	3
Pagar con favor agravio, o. 1.	2	6
Paulo el romano, o. 1.		

Ricardo III, (segunda parte de los Hijos de Eduardo) t. 3.	4	12
Sara la criolla, t. 3.	3	7
Subir como la espuma, t. 3.	4	8
Simon el veterano, t. 4 pról.	5	10
Tres pájaros en una jaula, t 1	2	
Una mujer cual no hay dos, o. 1	3	3
Una suegra, o. 1.	3	3
Un hombre célebre, t. 3.	3	4
Una camisa sin cuello, o. 1.	2	4
Un amor insoportable, t. 1.	2	3
Un ente susceptible, t 1.	1	4
Una tarde aprovechada, o. 1.	2	3

Zarzuelas con música,

propiedad de la Biblioteca.

- *Geroma la castañera, o. 1.*
- *El biolon del diablo, o. 1.*
- *Todos son raptos, o. 1.*
- *La paga de Navidad, o. 1.*
- *Misterios de bastidores, (segunda parte), o. 1.*
- *La batelera, t 1.*
- *Pero Grullo, o. 2.*
- *El ventorrillo de Alfarache, o. 1*
- *La venta del Puerto, ó Juanillo el contrabandista, zarz. 1.*
- *El amor por los balcones, zarz. 1*